

Carlos Sanz Mínguez (editor)

**LOS VACCEOS ANTE LA MUERTE.**  
Creencias, ritos y prácticas de  
un pueblo prerromano





# **LOS VACCEOS ANTE LA MUERTE**

Creencias, ritos y prácticas de un pueblo prerromano

## **Vacceca Monografias, 9**

**Carlos Sanz Mínguez**

*editor*

**LOS VACCEOS ANTE LA MUERTE**  
Creencias, ritos y prácticas de un pueblo prerromano

**Valladolid, 2020**

© De la presente edición: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid

© De los textos: los autores respectivos

Edita: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid

Maquetación y diseño: Eva Laguna Escudero - Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid

Corrección de estilo y bibliografía: Roberto Sendino Gallego y Elvira Rodríguez Gutiérrez

Impresión: Gráficas Benlis. Valladolid

Impresión en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-09-23748-7

Depósito Legal: VA-734-2020

# ***EXTRA CAEMETERII. ENTERRAMIENTOS Y OTRAS EVIDENCIAS FUNERARIAS EN CONTEXTOS DOMÉSTICOS VACCEOS***

**Juan Francisco Blanco García**  
Universidad Autónoma de Madrid

**Resumen:** Los cementerios vacceos hasta ahora conocidos son sólo media docena. Pero al margen de estos espacios sagrados, en las ciudades de *Cauca* (Coca, Segovia) y Montealegre (Valladolid), en las que, por cierto, sus necrópolis aún no han sido descubiertas, se han podido identificar restos funerarios cremados muy posiblemente de adultos dentro de viviendas, casi con seguridad guerreros. Lo habitual en contextos domésticos son las inhumaciones infantiles bajo el suelo de las casas, como hallamos en La Aguilera de la misma Montealegre (Valladolid), en Las Quintanas-*Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid), en Tariego de Cerrato (Palencia) y en la fronteriza Castrojeriz (Burgos), pero los individuos adultos son una excepción.

**Palabras clave:** Necrópolis, muerte y enterramientos en contextos urbanos, ciudades vacceas, Edad del Hierro, valle medio del Duero, España.

## **1. Introducción**

Hablar del mundo de la muerte en el territorio vacceo no sólo es hablar de sus necrópolis, que, como se sabe, son pocas las hasta ahora descubiertas a pesar del elevado número de núcleos de población que se tienen registrados, sino también de los enterramientos y depósitos funerarios que se realizaban en ambientes urbanos, porque lo que resulta evidente es que no todos los individuos muertos

**Abstract:** The vaccaean cemeteries that we know actually are no more than six. But out of those sacred sites, at the cities of *Cauca* (Coca, Segovia) and Montealegre (Valladolid), in which the cemeteries are not discovered, there are cremations perhaps of adults into some houses. In both cases, the dead cremated probably were warriors. Is not common in the Iberian Peninsula the funerary deposits in domestic contexts. It was usually children who were buried under houses, inhumations, no cremations, like we can see in La Aguilera of Montealegre (Valladolid), Las Quintanas-*Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid), Tariego de Cerrato (Palencia) and the bordering city of Castrojeriz (Burgos), but adults are very exceptional.

**Keywords:** Cemeteries, Death and Burials in urban contexts, Vaccaean Cities, Iron Age, Middle Duero Valley, Spain.

en las ciudades vacceas fueron a parar a sus respectivas necrópolis, como tampoco los perinatales y fallecidos con menos de un año de edad eran inhumados bajo los suelos de las viviendas. A los seis cementerios vacceos seguros hasta ahora documentados —Las Erijuelas de San Andrés en Cuéllar (Molinero Pérez, 1952 y 1971; Barrio Martín, 1988), los pintianos de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997 y 2010: 200-227; Sanz Mínguez y Velasco Vázquez, 2003a) y Carralaceña (Sanz Mínguez, Gómez Pérez y Arranz Míñ-

guez, 1993), *Pallantia*/Palenzuela (Castro García, 1971), La Vega en Tariego de Cerrato/Venta de Baños (Castro García, 1971; Castro García y Blanco Ordás, 1975; Fernández, Marcos y Misiego, 1995) y el ya tardío de Eras del Bosque (Simón y Nieto, 1948; López Rodríguez, 1978; Del Amo, 1992)—, quizá deberíamos sumar, aunque con más dudas que certezas, el de *Dessobriga*, de considerar como “restos de sepulturas” varios de los denominados “hoyos rituales” recientemente excavados (Torrione, 2018: 44; Martín Hernández, 2018: 51-56, figs. 2 y 3).

Fuera de estas necrópolis, los restos funerarios que se tienen constatados en espacios urbanos son sobre todo inhumaciones infantiles bajo el suelo de algunas viviendas. Al no conocerse ni un solo santuario vacceo de carácter comunitario, si es que llegaron a existir, que seguramente sí, la posibilidad de hallar, como ocurre en otros ámbitos de la Céltica europea, restos de inhumaciones y cremaciones relacionadas con los rituales en ellos desarrollados, desaparece por completo.

No obstante, el panorama que en este aspecto presenta el ámbito vacceo es prácticamente el mismo que el observado en territorios vecinos, como el celtibérico del alto Duero y el vetón, en los que, por cierto, sí se conocen lugares donde se debieron de desarrollar ceremonias religiosas comunitarias, como el santuario de Peñalba de Villastar o el altar rupestre de *Ulaca*, pero en torno a los cuales, y vinculados con ellos, no se han descubierto enterramientos.

## 2. Una práctica secular y casi universal: los enterramientos infantiles bajo las casas

Durante el Primer Hierro en el centro del valle del Duero o, lo que es lo mismo, a lo largo del periodo en el que se forma y desarrolla la *cultura arqueológica del Soto de Medinilla*, las inhumaciones infantiles en el subsuelo de las viviendas fueron, como se sabe, relativamente corrientes<sup>1</sup>, de manera que en la actualidad ya se tienen documentadas cerca de una docena, aunque en más de un caso en el que no se han realizado análisis osteológicos pudiera tratarse de ovicaprinos jóvenes (Delibes de Castro *et alii*, 1995: 78-79; Ramírez Ramírez, 1999: 75-78; Delibes de Castro y Romero Carnicero, 2011: 72-73; Macarro y Alario, 2012: 67; Misie-

go *et alii*, 2013: 222-227, fig. 42 y láms. 107-108), animales sacrificados e inhumados seguramente como sustitutos de los propios infantes pero sólo en aquellos casos relacionados con rituales de carácter fundacional, pues los motivos por los que se practican inhumaciones infantiles bajo los suelos pueden ser diversos.

Hasta no hace mucho se pensaba que en las viviendas vacceas del Segundo Hierro tenían ya cierto carácter residual los enterramientos infantiles, que en esta época era una práctica en vías de desaparición. Sin embargo, a medida que van siendo excavados nuevos espacios habitacionales se va comprobando cómo en estos siglos previos a la romanización se mantuvo casi al mismo nivel, lo que significa que la ideología existente en torno a ella aún sigue estando vigente, y de paso, este comportamiento cultural viene a constituir un argumento más en favor de esa idea que en los últimos años venimos recalcando de que las gentes integrantes del mundo soteño no son más que los ancestros de los vacceos clásicos.

Por ahora, enterramientos infantiles en el ámbito doméstico vacceo se tienen constatados en La Aguilera de Montealegre, uno seguro y otro probable (Heredero García, 1993: 296, fig. 6b); en la ciudad de Las Quintanas-*Pintia* (Sanz Mínguez *et alii*, 2003b: 147, fig. 1), donde se han registrado nada menos que nueve individuos; tres en Tariego de Cerrato (Wattenberg, 1959; Burgos Mazas, 2016: 14 y 18); y varios más en Castrojeriz (Sacristán, 1986: 63), ciudad ésta que, con toda probabilidad hubo de pertenecer a los turmogos ya pero que está situada en la misma frontera del territorio vacceo.

Y como hemos hecho alusión a los animales jóvenes sacrificados en relación con ritos fundacionales en contextos soteños, en época vaccea clásica los ovicaprinos también se tienen documentados: de nuevo en Las Quintanas-*Pintia* (Alberto y Velasco, 2003); dos inhumaciones en La Era Alta de Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993: 313, 316 y 320); otras dos en *Cauca*, ambas de época muy avanzada, seguramente del siglo I a. C. (Balado, Centeno y Marcos, 2008: 50-54 y 162-164); y una más en la denominada Casa del Sótano de *Rauda* (Abarquero y Palomino, 2012: 58, lám. 11). Por lo que a las caucenses se refiere, cada una de ellas se localizó en una estancia diferente: en la denominada estancia C lo hallado fue un ovicáprido

adulto y en la estancia D también un ovicaprino adulto, hembra, que estaba asociado a algunos huesos pertenecientes a un feto (un húmero, un radio y una tibia). Y en el caso de *Rauda*, los restos se interpretaron como pertenecientes a un depósito votivo relacionado con la fundación de la vivienda, fechada a comienzos del siglo II a. C. Sobre ella, y aun asumiendo que la conexión espacio-temporal es difícil de probar, nos parece interesante realizar la siguiente observación: teniendo en cuenta cómo se hallaba junto a la cara exterior de un muro, bajo lo que pudo haber sido «...un pequeño alero del tejado de la vivienda que protegería la pared de los efectos de la meteorología», cabría la posibilidad de que existiera alguna relación con la costumbre, tanto griega como itálica, de practicar enterramientos infantiles bajo los aleros de las casas (resp., Coldstream, 1977; Gierow, 1966), si bien en el caso raudense se trata de un animal quizá sustitutivo como es el ovicaprino, no de un infante. Pero veamos con un poco más de detalle las inhumaciones propiamente infantiles.

### 2.1. La Aguilera (Montealegre, Valladolid)

Durante la excavación de varias viviendas de planta cuadrangular en 1989 aparecieron los restos de un enterramiento infantil seguro y otro probable, aunque de ninguno de los dos se dieron detalles antropológicos. El primero de ellos apareció en un hoyo practicado en la roca madre, junto a un lateral de una de las estancias excavadas (Heredero García, 1993: 296, fig. 6b). El segundo también se depositó en un pequeño hoyo excavado en la roca natural, si bien el excavador mostró sus dudas sobre si verdaderamente se trataba de un enterramiento infantil o no (Heredero García, 1993: 295, fig. 6a), pues en el equipo de investigación no había ningún especialista en paleoantropología. Veinticinco años después de darse esta información, ningún dato más se ha aportado al respecto, por lo que esto es todo cuanto podemos decir. Únicamente añadir que la cronología estimada para ambos enterramientos se situó en los siglos IV-III a. C.

### 2.2. Las Quintanas-Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)

En las campañas de 2003, 2005 y 2006 se documentaron bajo el suelo de varias viviendas de esta importante ciudad vaccea un total de ocho inhumaciones infantiles, una



Fig. 1. Inhumación infantil documentada dentro de una vivienda de inicios del Imperio en Las Quintanas-Pintia (Sanz Mínguez *et alii*, 2003).

de las cuales era doble. Todos perinatales, al menos ocho de los individuos tienen edades comprendidas entre las 32 y las 40 semanas, según las tablas de regresión aplicadas a los huesos largos (Pastor *et alii*, 2013). Con estas edades, el sexo de cada uno de los individuos no se ha podido determinar, pero lo que sí sabemos con seguridad, por el contexto en el que aparecen, es que se trata de enterramientos muy tardíos, de la segunda mitad del siglo I a. C. e incluso alguno ya de comienzos del Imperio, lo cual nada tiene de extraño (fig. 1). La pervivencia de tradiciones y elementos culturales vacceos en época del Alto Imperio es algo de lo que tenemos muchas evidencias (Blanco García, 2016) y la de enterrar a los perinatales y menores de un año en el ámbito doméstico sería una más que, por cierto, se funde con la propia tradición cultural romana. De este modo, asistimos a un fenómeno de convergencia de tradiciones culturales entre la sociedad indígena y la conquistadora.

Es interesante señalar, por otro lado, cómo junto a dos de los inhumados aparecieron restos óseos de un gato, una paloma y un ave de corral (gallo o gallina), animales que a buen seguro tuvieron algo que ver en los rituales de enterramiento que se llevaron a cabo; y cómo la inhumación doble se ha propuesto que quizá fuera consecuencia de un parto gemelar. Probablemente la casuística que hay

detrás de cada uno de estos enterramientos sea diferente, dentro de las motivaciones que habitualmente se barajan, pero con tan pocas evidencias arqueológicas resulta imposible determinar qué tiene carácter fundacional, qué responde a la prohibición de depositar los restos de los menores de un año en el cementerio de los adultos, etc.

### 2.3. Tariego de Cerrato (Palencia)

Hay pocos datos de las tres inhumaciones infantiles registradas en este núcleo poblacional vacceo, y además, son datos algo confusos los que en su día se publicaron. La primera de ellas se documentó durante tareas arqueológicas presumiblemente controladas y las otras dos en el transcurso de una excavación, pero al tratarse de intervenciones antiguas la información que ha quedado por escrito es escasa en todos los sentidos. De la primera sabemos que apareció durante la construcción de una canalización de agua para el riego en octubre de 1956, inspeccionada primero por L. de Castro y luego por F. Wattenberg. Este último fue quien observó cómo en la estratigrafía que se podía ver en la denominada Zona II de la zanja, entre fragmentos de "adobes celtibéricos", trozos de cerámica y bajo un pavimento de arcilla —aunque esto no lo veía nada claro, sí al menos asegura que es un estrato "celtibérico"—, se encontraba una inhumación infantil de la que sólo menciona una vértebra y la cabeza de un fémur, así como un cuchillo de hierro de 20 cm de longitud con mango de cachas de madera (Wattenberg, 1959: 214-215).

Veinte años después, durante unas excavaciones practicadas en la plaza de El Rollo por M. V. Calleja, en niveles de ocupación vacceos en los que se podían ver fragmentos de suelos de arcilla, se documentaron dos nuevas inhumaciones infantiles, en esta ocasión casi completas (Calleja, 1976: 83; Burgos Maza, 2016: 18). Para ninguno de los tres enterramientos referidos se hizo una aproximación cronológica y tampoco fueron objeto de análisis osteológicos.

### 2.4. Castrojeriz (Burgos)

En el caso de este enclave situado en la misma frontera del territorio vacceo, la única información que tenemos sobre la existencia de enterramientos infantiles en contexto doméstico del Segundo Hierro se debe a J. D. Sacristán, quien recoge una información verbal facilitada por

J. A. Abásolo (Sacristán, 1986: 63, n. 43). No nos consta que estos restos hayan sido objeto de estudio antropológico.

Como por todos es sabido, el enterramiento de individuos perinatales y menores de un año bajo el suelo de las casas constituye una práctica habitual entre las poblaciones protohistóricas de la península Ibérica, pero tanto por número de casos como por diversidad de contextos y materiales asociados, la zona ibérica es bastante más rica en información que la céltica, lo cual se traduce en que aquella está más a fondo investigada que ésta<sup>2</sup>, lo mismo que ocurre con los territorios vecinos del otro lado de Los Pirineos: entre el sur de Los Alpes y los Pirineos orientales, por referirnos a una región bien estudiada, casi todos los fetos e individuos perinatales hallados en excavación —que hasta ahora son más de centenar y medio—, proceden de medios habitacionales (Dedet, 2012: 150, fig. 1; 2016: 19-23, fig. 4). Situación que se repite con las inhumaciones infantiles de entre uno y seis meses, y no será más que a partir de esos seis meses ya cuando la tendencia se invierta y sea en las necrópolis donde se suelen depositar sus restos (Dedet, 2012: 151), en casi todos los casos, enterramientos sin objetos de acompañamiento.

No vamos a insistir en las causas que habitualmente se vienen barajando para explicar esta práctica, tan extendida en el tiempo y en el espacio —algunas de las cuales fueron referidas por los autores greco-latinos, como Plinio el Viejo (*Hist. Nat.* 7, 72)—, y entre las que destacan, por ser las dos más comúnmente aceptadas, la ausencia del derecho a ser enterrado en el cementerio urbano hasta la salida de los dientes o hasta alcanzar el año de edad<sup>3</sup> y la de ofrecer a las divinidades la vida de un recién nacido para obtener a cambio la protección de la familia y de los espacios domésticos, pero sí nos interesa hacer algunas reflexiones focalizadas en la época y el espacio que aquí tratamos.

En ocasiones admitimos, quizá un poco a la ligera, que parte de las inhumaciones infantiles bajo el suelo de las viviendas responde a un ritual de sacrificio llevado a cabo con el objetivo de sacralizar y proteger al grupo familiar y al marco doméstico en el cual éste desarrolla su vida cotidiana, para pedir la protección de las divinidades ante una epidemia, una catástrofe, un peligro bélico inminente o cualquier otra situación grave que ponga en ries-

go el futuro del grupo, pero verdaderamente esto es sólo una suposición, pues no tenemos pruebas objetivas que lo demuestren, como por ejemplo, huellas de cortes en determinadas partes esqueléticas, aunque bien es cierto que pudieron usarse, y de manera normalizada, procedimientos que no dejan huella en los restos óseos. En otras regiones de la Europa Céltica sí se han podido documentar marcas de este tipo (Green, 1998: 185-186), pero entre los pueblos meseteños, de cultura céltica, hasta ahora no nos constan, aunque también pudiera ocurrir que no han sido advertidos por parte de los excavadores o de los estudiosos de los restos óseos.

El sacrificio de niños, si es que existió en el mundo vacceo, que aún está por ver, debió de ser algo muy excepcional, como lo fue también en el resto de Europa, lo que nos conduce a pensar que en la mayor parte de los casos documentados estamos ante individuos que aún no han alcanzado la edad mínima para tener derecho a ser incinerados y sus restos depositados en el cementerio de los adultos. Pero habida cuenta las altas tasas de mortalidad infantil que había en las sociedades protohistóricas, como es la vaccea, especialmente en las últimas semanas de gestación y en los primeros meses de vida, lo que no acaba de encontrar explicación es por qué bajo los suelos de la mayor parte de las casas vacceas excavadas hay tan escaso número de inhumaciones. Con los cientos de metros cuadrados que han sido excavados hasta ahora en el conjunto de ciudades vacceas, ya hemos visto que son sólo unas pocas. En *Cauca*, por ejemplo, no se conoce ninguna. Nada que ver, como sería lo esperable, con las documentadas en poblados de otras regiones de cultura céltica también como, por ejemplo, el de La Hoya (Laguardia, Álava), donde «...se han recogido en los niveles celtibéricos un total de 131 individuos, mientras que en los niveles indoeuropeos han aparecido 49, existiendo otros 80 restos sin atribución específica de nivel» (Galilea y García, 2002: 150); o el de Atxa (Vitoria-Gasteiz), con medio centenar de individuos (Fillooy, 1995).

Observando cómo han sido depositados en los hoyos los perinatales en territorio vacceo, en aquellos casos en los que se han documentado cadáveres completos, casi todos están colocados de costado, que es como suelen aparecer en otras muchas regiones y, además, es la posi-

ción natural de los individuos de tan corta edad, tal como estuvieron en el seno materno. Viene esto al caso porque en algunas zonas europeas, sobre todo de la Galia o Italia, tanto en época prerromana como romana, se interpretan como relacionados con una especie de ritos de inmovilización los hallazgos de inhumaciones infantiles colocados en decúbito prono o decapitados. En muchas culturas, entre las que se encuentran las de filiación indoeuropea, se piensa que a través de la cremación el alma del difunto se libera del cuerpo, se purifica, y sólo de este modo puede acceder al país de los ancestros. A los perinatales y menores de un año se les considera seres contaminantes, impuros, «...morts errants, dangereux...» (Genep, 1909: 229-230), portadores de un poder muy pernicioso, un auténtico peligro potencial para la comunidad, y de ahí que no les sea permitido el acceso a ese país de los ancestros al que se llega mediante la quema del cadáver. Si la mentalidad de los vacceos incluía estas ideas o no, lo desconocemos por completo; y si, en caso afirmativo, tras algunas de las inhumaciones infantiles constatadas podemos contemplar como hipótesis que el trasfondo fuera éste, otras está claro que tendrían una intención diferente, pues de otro modo, y por lo que seguidamente diremos, cómo explicar las inhumaciones de animales jóvenes que más bien parecen ofrendas a alguna divinidad de tipo tierra-madre o ctónica.

La investigación aún no ha aclarado lo relacionado con las inhumaciones de animales, sobre todo cuando en determinados casos se interpretan como posibles víctimas sustitutivas de infantes, aunque previamente habría que demostrar dos cosas: que el sacrificio ritual de niños fue un hecho en el mundo vacceo y que el mecanismo de sustitución de aquellos por animales domésticos responde, efectivamente, a una intención sustitutiva y no alternativa, en este caso ante la falta de descendencia de los oferentes, que también podría ocurrir. De haberse producido un proceso de sustitución, desconocemos las motivaciones que operaban en la mentalidad de las gentes de la Edad del Hierro para que el inhumado no fuera un infante, sino un animal, pero quizá tenga que ver con ese progresivo abandono de prácticas que cada vez serían vistas con menos agrado y más repugnancia por parte de sociedades que estaban en vías de alcanzar ciertas cotas de refinamiento y de, digámoslo así, de “humanidad”, como se observa en tantas culturas

Pinar de  
El Cantosal

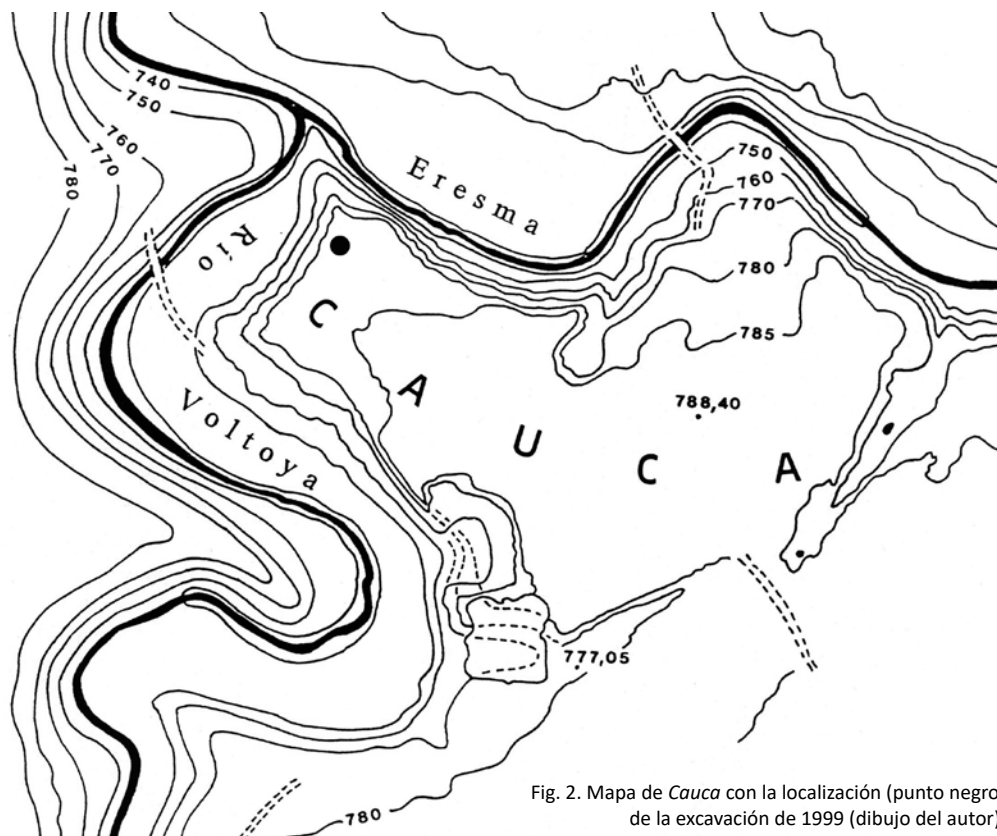


Fig. 2. Mapa de Cauca con la localización (punto negro) de la excavación de 1999 (dibujo del autor).

de la Antigüedad e incluso en la Biblia encuentra reflejo. Lo más probable es que se produjera el cambio no de manera tajante, sino progresiva, a lo largo quizá de varios siglos. Es decir, que hubiera un periodo en el que convivieron ambas prácticas, como indica el hecho de que en contextos soteños también haya inhumaciones de animales, sobre todo en los de la *fase de plenitud*, pero quizá a partir de cierto momento se impusieran éstas últimas.

Como puede deducirse por lo dicho, aún sabemos muy poco de todo cuanto rodea a las inhumaciones infantiles y de animales bajo los suelos de las casas vacceas, siendo necesarias más y mejores evidencias para establecer en cada caso particular a qué posibles motivos pudieron obedecer.

### 3. Evidencias funerarias de adultos en viviendas vacceas

La práctica de inhumar individualmente tanto a adultos como a niños en los espacios domésticos fue muy habitual a lo largo del Calcolítico y la Edad del Bronce. Desde comienzos del primer milenio a. C. los enterramientos de adultos en las casas se rarifican en extremo, aunque casos aislados sí se conocen, como tendremos ocasión de ver más adelante. Los que no son raros son los restos óseos dispersos en los poblados ibéricos, interpretados de muy diversas maneras, según qué caso (Oliver Foix, 1995), un aspecto este que desconocemos en el mundo vacceo pero que sí se tiene documentado en poblados soteños (*vid.* para algunos zamoranos, por ejemplo, Esparza, 1995: 135-137; Esparza, Velasco y Celis, 2016).

En lo que a nuestro tema concierne, y dejando al margen, evidentemente, el cadáver que se recuperó en una vivienda de La Aguilera, en Montealegre, cuya causa de fallecimiento parece que fue accidental, al hallarse los huesos parcialmente calcinados por un incendio y aplastados bajo un derrumbe de pesados adobes (Herederó García, 1993: 294, fig. 4 y lám. VIII), si bien en alguna ocasión se ha dicho que estaba «acompañado de un interesante ajuar doméstico» (Herederó García, 1995: 257), hasta ahora sólo nos constan dos casos en los que hay presencia de restos de carácter funerario, presumiblemente de adultos, en ambientes domésticos vacceos. Y hacemos hincapié en lo de *presumiblemente* porque aunque las dimensiones de los fragmentos óseos cremados en ambos casos son más propias de adultos que de niños, al no haberse realizado análisis osteológicos, nos falta tener la completa seguridad de que lo fueran. La presencia en ambos casos de restos de armas que han pasado por la pira funeraria es otro dato que refuerza esa posibilidad de que fueran individuos adultos. Cierto es que cremaciones de niños con armamento asociado, aun siendo excepcionales, no faltan, tanto en la zona céltica de Hispania —Carratiermes, por ejemplo (Argente, Díaz y Bescós, 2001: 65 y 310)—, como en la ibérica (Quesada, 2011: 348-352), pero en nuestros casos no parecen serlo.

### 3.1. Cauca (Coca, Segovia)

El primer y más destacado depósito funerario lo hallamos en *Cauca*, dentro de una vivienda excavada en la campaña llevada a cabo en el terrazgo de Los Azafranales en 1999 (fig. 2). Aunque inicialmente, durante la excavación, el conjunto al que nos vamos a referir fue individualizado como UE 133 —dato identificativo que hemos mantenido en trabajos anteriores a éste por simple comodidad—, verdaderamente estaba rompiendo una serie de estratos a los que se les había asignado números inferiores. Realmente, la parte alta del depósito de vasos, que es la boca del gran vaso de tipo *dolium* que se usó como urna cineraria, se sitúa unos centímetros por debajo del pavimento UE 118, y aunque de ello no podemos estar seguros, puede que este pavimento precisamente se extendiera por la estancia a la que pertenecía para sellar el depósito realizado, lo que de ser así significaría que se trata de un conjunto tardío dentro de la evolución histórica vaccea, seguramente de finales del siglo II a.

C. o comienzos de la centuria siguiente. Las características morfológicas y decorativas de los más modernos recipientes integrantes del conjunto avalan esta cronología avanzada.

La exhumación del conjunto de vasos en torno al referido *dolium* colocado en posición natural, lo único que tenía de extraordinario cuando lo hallamos es que varios de ellos se conservaban completos, incluso esa gran tinaja de casi 50 cm de altura (fig. 3), lo cual es poco habitual en ambientes domésticos y muy común en los cementerios porque las tumbas son cuidadosamente selladas tras la celebración de los rituales funerarios. Pero lo verdaderamente excepcional vino después, al extraer la tierra del interior de la tinaja y los materiales que contenía. Se trataba de la sepultura de cremación de un guerrero (o una guerrera) con parte de su panoplia y varios objetos de carácter simbólico. En alguna ocasión, aunque sólo de pasada, ya nos hemos referido a ella (Pérez González y Blanco García, 2000: 42, foto sup.; Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-2013: 96-97, figs. 26-28; Blanco García, 2018a: 209 y 232-233, figs. 3.59(7), 3.62, 3.127, 3.142 y 3.143) y los elementos metálicos han sido objeto de un estudio reciente (Arribas Lobo y Pérez González, 2015), pero de lo que ahora se trata es de analizar detenidamente cada uno de los objetos que formaban parte de tan singular conjunto. En total son veintisiete, clasificables en cinco grupos: vasos a mano (3), ollas de cerámica común a torno (3), vasos de cerámica fina a torno (10), fusayolas (6) y fragmentos de hierro (5), a lo que sólo cabe añadir, como material antropológico ya, un fragmento de hueso quemado y varias pequeñas esquirolas. Siguiendo este orden, empezaremos por referirnos a los objetos que se disponían alrededor de la urna para después describir los que se encontraban en su interior<sup>4</sup>.

1. Fragmento del fondo de un vaso trípode con el inicio de una de sus patas. Está fabricado a mano, su coloración es grisácea en unas zonas y rojiza en otras al haber sido cocido en atmósfera irregular y sus superficies sólo han recibido un alisado (fig. 4, 1).

2. Fragmento de galbo perteneciente a un cuenco realizado a mano, seguramente hemisférico. Es de color negro intenso, sus superficies han sido finamente bruñidas y conserva parte de una decoración impresa de pequeños círculos concéntricos (fig. 4, 2).



Fig. 3. El conjunto funerario UE 133 durante la excavación (fotografía del autor).

3. Olla globular tosca con el borde ligeramente vuelto al exterior, cuello corto, pequeñas asas decoradas mediante impresiones de instrumento y base plana. Está fabricada a mano en cerámica común, es de color negro y aunque sus superficies son algo rugosas, burdas, el hombro ha sido decorado de manera muy original: entre asitas que van alternando con gallones aplicados de amplio desarrollo vertical, todas decoradas con impresiones rectas transversales, se disponen series de 8/9 profundas impresiones a modo de dilatadas comas rectas tanto en diagonal como en vertical. Las asitas, que son cuatro, tienen 60 mm de altura; los gallones, también cuatro, 50 mm; y las impresiones de comas, unas 32/36 en total, pues no se conserva completo el recipiente, entre 25 y 28 mm. Medidas:  $\varnothing B= 167$ ,  $\varnothing Mx= 216$ ,  $h= 198$ ,  $\varnothing b= 120$  (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 5, 2) (fig. 4, 3).

4. Gran olla de cuerpo piriforme con suave baquetón en la base del cuello, fabricada a torno en cerámica común, de pasta de color gris, y superficies sólo alisadas, aunque algo rugosas. No se conserva completa. Medidas:  $\varnothing B= 254$ ,

$\varnothing Mx= 320$ ,  $h= 410$ ,  $\varnothing b= 138$  (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 5, 1, centro) (fig. 4, 4).

5. Pequeña olla de perfil en S, tosca, fabricada a torno en cerámica común, cocida en fuego irregular, como indica que unas zonas sean grises y otras rojizas. Se conserva incompleta. Medidas:  $\varnothing B= 95$ ,  $\varnothing Mx= 114$ ,  $h= 85$ ,  $\varnothing b= 48$ . (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 5, 1, izq.) (fig. 4, 5).

6. Olla ovoide tosca con el borde vuelto y base casi plana, fabricada a torno en cerámica común, de color negruzco por haber sido cocida en atmósfera reductora. Se conserva incompleta. Medidas:  $\varnothing B= 188$ ,  $\varnothing Mx= 225$ ,  $h= 219$ ,  $\varnothing b= 92$ . (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 5, 1, dcha.) (fig. 4, 6).

7. Vaso de cerámica fina fabricado a torno, de cuerpo bitroncocónico, esbelto cuello, borde vuelto con asa diametral de tipo cesta de sección circular y base umbilicada. De pasta anaranjada, su hombro está decorado mediante un friso pintado: entre dos fajas horizontales cada una de ellas formada por una banda anaranjada entre líneas negras, se

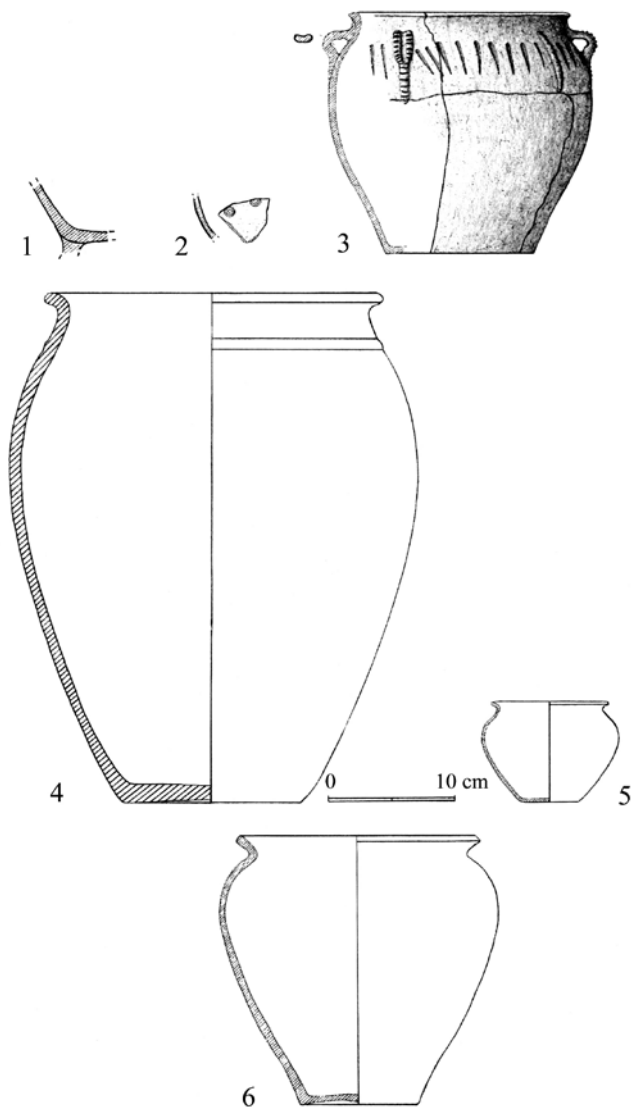


Fig. 4. Conjunto funerario UE 133. Cerámica a mano y común a torno. 1, fragmento del fondo de un vaso trípode con el inicio de una de sus patas; 2, fragmento de galbo de un cuenco realizado a mano, con decoración de círculos concéntricos impresos; 3, olla globular, tosca, fabricada a mano en cerámica común, con asitas de orejetas, decorada con técnica impresa; 4, gran olla piriforme fabricada a torno en cerámica común; 5, pequeña olla globular fabricada a torno en cerámica común; 6, olla ovoide fabricada a torno en cerámica común (dibujos del autor).

desarrolla una composición continua formada por triángulos dobles en punta rellenos de líneas paralelas dispuestas en diagonal enmarcados entre elevados arcos y secuencias de pequeños arquillos colgados a modo de guirnalda. Se conserva completo. Medidas:  $\text{ØB}= 123$ ,  $\text{ØMx}= 190$ ,  $h= 185$  hasta la boca y  $240$  con el asa,  $\text{Øb}= 74$  (Pérez González y Blanco García, 2000: 42, foto sup.; Blanco García, 2003: fig. 19, 13; Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-2013: figs. 27 y 28; Blanco García, 2018a: fig. 3.62, 2) (fig. 5, 7; fig. 11, 7).

8. Vaso de cerámica fina fabricado a torno, de cuerpo biconocónico, cuello corto que se inicia sobre un baquetón, borde vuelto y base umbilicada. Es de pasta anaranjada. Su hombro está decorado mediante un friso metopado de pintura negra enmarcado por líneas horizontales y con una línea ondulada recorriendo la zona inferior. El esquema decorativo es el siguiente: entre líneas serpenti-formes colgadas que terminan en largos apéndices rectos a modo de peine y de triángulos colgados con el vértice hacia abajo del que surge una línea sinuosa en tirabuzón, se disponen metopas formadas por verticales escaleriformes de peldaños oblicuos delimitados al interior por secuencias de puntos igualmente verticales y dos triángulos unidos en el centro de la metopa por el vértice. Se conserva completo. Medidas:  $\text{ØB}= 97$ ,  $\text{ØMx}= 169$ ,  $h= 158$ ,  $\text{Øb}= 80$  (Blanco García, 2003: fig. 19, 12; Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-2013: figs. 27, dcha.) (fig. 5, 8).

9. Vaso de perfil acampanado, de cerámica fina, fabricado a torno, con suave baquetón sobre acanaladura en la zona media, borde ligeramente vuelto al exterior y base umbilicada. Es de color anaranjado y muestra un friso de pintura ocre/marrón recorriendo la mitad superior, entre el baquetón y el borde. El esquema, muy simétrico, está formado por la siguiente secuencia: pareja de triángulos colgados con el interior relleno de líneas oblicuas paralelas entre sí a uno de sus lados, arquillos colgados a modo de guirnalda, triángulo individual de nuevo con idéntico relleno que los dobles, y nueva serie de arquillos colgados en guirnalda. Se conserva completo. Medidas:  $\text{ØB}= 141$ ,  $\text{ØMx}= 141$ ,  $h= 87$ ,  $\text{Øb}= 52$  (Blanco García, 2003: fig. 19, 10; *Id.*, 2018a: fig. 3.62, 3) (fig. 5, 9; fig. 11, 9).

10. Cuenco de cerámica fina fabricado a torno, con carena pronunciada en la zona media, borde ligeramente vuelto al exterior y base umbilicada. Es de color anaranjado y muestra un sencillo friso de pintura ocre/marrón: sobre la carena, largas líneas dobles paralelas en zigzag y bajo la carena dos líneas onduladas que discurren en paralelo. Se conserva completo. Medidas:  $\varnothing B= 190$ ,  $\varnothing Mx= 190$ ,  $h= 100$ ,  $\varnothing b= 66$  (Blanco García, 2018a: fig. 3.62, 5) (fig. 5, 10; fig. 11, 10).

11. Fragmento de cuenco hemisférico de cerámica fina fabricado a torno, con suave baquetón en la zona media y borde ligeramente vuelto al exterior. Es de color anaranjado y muestra un friso pintado recorriendo la mitad superior, entre el baquetón y el borde. El esquema lo conocemos parcialmente al conservarse sólo un fragmento del vaso, y consiste en lo siguiente: sobre el baquetón se dispone una banda de pintura anaranjada con aguadas de distinta densidad y entre ella y el borde, recorrido éste por una ancha línea de pintura ocre, hallamos tres gruesas bandas dispuestas en oblicuo y conectando con el extremo superior de la externa una fina línea vertical que en la zona alta se prolonga en medio arco colgado cuyo extremo inferior termina en tres flecos casi en horizontal. Se conserva incompleto. Medidas:  $\varnothing B= 173$ ,  $\varnothing Mx= 182$  (Blanco García, 2009: 22, foto sup. izq, frag. inf. izq.; 2018a: fig. 3.55, inf. izq.) (fig. 5, 11).

12. Copa de cuerpo hemisférico y pie elevado, fabricada a torno en cerámica fina, con el borde ligeramente engrosado así como la base del pie. Pasta de color anaranjado. Muestra una sencilla decoración en pintura negra: bajo el borde, tres líneas paralelas ligeramente inclinadas y en la zona media una línea aislada en horizontal. Medidas:  $\varnothing B= 138$ ,  $\varnothing Mx= 138$ ,  $h= 101$ ,  $\varnothing b= 86$  (Blanco García, 2018a: fig. 3.62, 1) (fig. 5, 12; fig. 11, 12).

13. Mortero/copa de cuerpo troncocónico y pie elevado, fabricado a torno en cerámica fina, con el borde engrosado y apuntado hacia el interior, rasgos estos dos que también se puede ver en la base del pie, aunque más matizados. El contacto entre la parte inferior del cuerpo y el inicio de pie se resuelve mediante un resalte carenado. Es de pasta anaranjada y muestra una sencilla decoración en pintura en

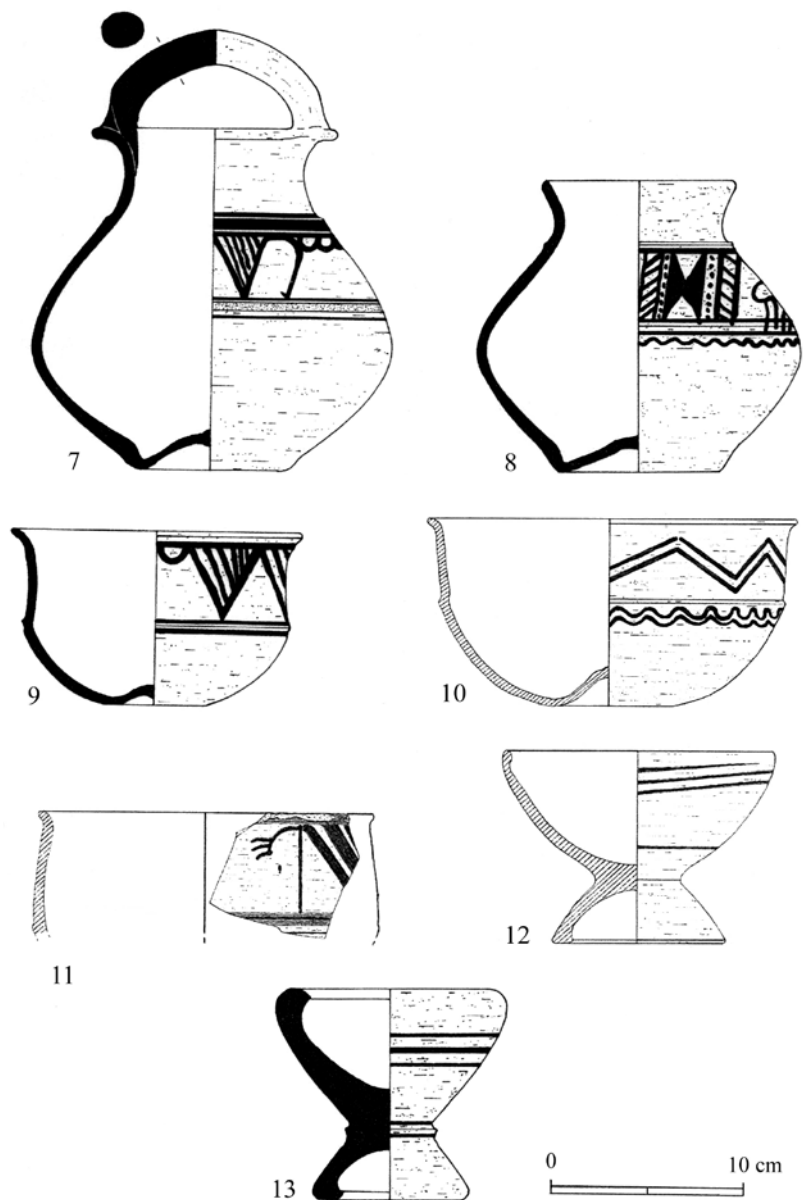


Fig. 5. Conjunto funerario UE 133 (cont.). Cerámica fina, a torno, depositada junto al *dolium*-urna cineraria. 7, vaso con asa de tipo cesta; 8, vaso bitroncocónico; 9-11, cuencos; 12, copa; 13, mortero/copa (dibujos del autor).

negra: a mitad del cuerpo se disponen tres líneas paralelas en horizontal y una línea más a cada lado del referido resalte. Esta decoración se completa con grupos de tres cortos trazos de pintura sobre el borde, en posición transversal. Se conserva completo. Medidas:  $\varnothing B= 97$ ,  $\varnothing Mx= 115$ ,  $h= 107$ ,  $\varnothing b= 68$  (Blanco García, 2003: fig. 19, 9; 2018a: fig. 3.62, 6; 2018b: 50, fig. 1, 9) (fig. 5, 13; fig. 11, 13).

14. Gran vaso de almacenaje, de tipo *dolium*, usado como urna cineraria, ovoide, fabricado a torno en cerámica fina, borde con sección en forma de cabeza de ánade y base umbilicada. Muestra decoración en pintura negra muy sencilla: bajo el borde, dos finas líneas paralelas en horizontal, y sobre el hombro, una banda de anchura media que a tramos fijos se engalana con semicírculos concéntricos en grupos de tres, de los que el central se dispone en arco y los dos que le flanquean están colgados a modo de guirnalda. Se conserva completo. Medidas:  $\varnothing B= 240$ ,  $\varnothing Mx= 434$ ,  $h= 456$ ,  $\varnothing b= 138$  (Pérez González y Blanco García, 2000: 42, foto sup.; Blanco García, 2018a: fig. 3.59, 7) (fig. 6, 14).

Dentro de este gran vaso aparecieron los materiales que seguidamente relacionamos.

15. Pátera baja de cerámica fina, fabricada a torno, con el cuerpo hemisférico sobre pie anular bajo. Es de pasta anaranjada y presenta en su interior, hacia la mitad, dos líneas paralelas en pintura anaranjada algo perdida ya. Se conserva completa. Medidas:  $\varnothing B= 139$ ,  $\varnothing Mx= 143$ ,  $h= 59$ ,  $\varnothing b= 61$  (Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-2013: fig. 27, inf. izq.; Blanco García, 2018a: fig. 3.62, 1) (fig. 6, 15; fig. 11, 15).

16. Vaso de perfil acampanado, fabricado a torno en cerámica fina, con suave baquetón hacia su mitad y base umbilicada de pequeño tamaño. En la decoración pintada se han empleado los colores negro y anaranjado: recorriendo el exterior del borde así como sobre el baquetón se disponen dos anchas fajas bicromas en cada una de las cuales, como es habitual, una gruesa banda anaranjada es flanqueada por líneas negras más delgadas y en el espacio que queda entre ambas se ha pintado un friso de triples líneas onduladas en vertical que nacen del vértice inferior de sendos triángulos flanqueados estos, de manera simétrica, por apéndices curvilíneos con flecos que caen en vertical,

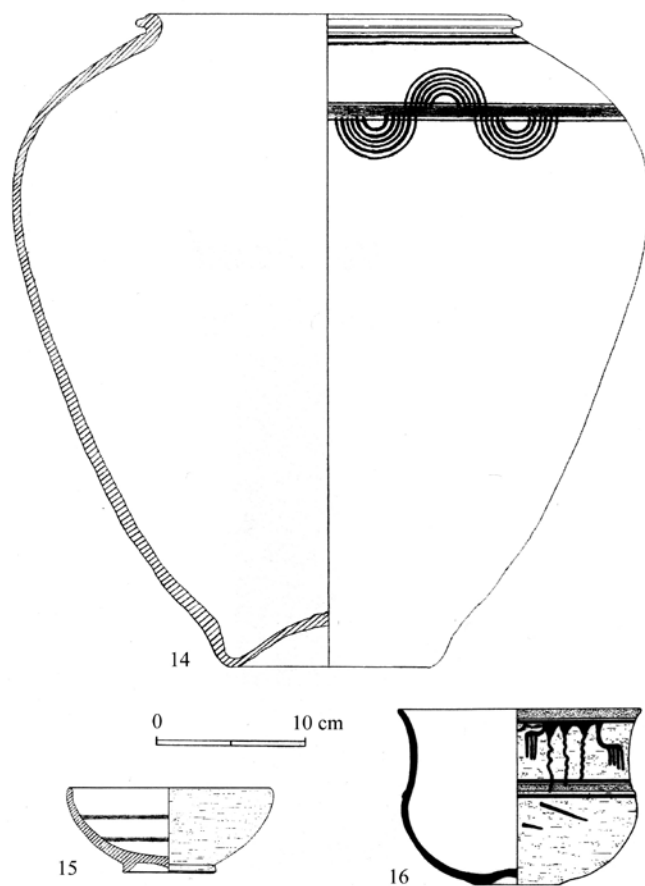


Fig. 6. Conjunto funerario UE 133 (cont.). 14, *dolium*-urna cineraria; 15, pátera baja hallada dentro del *dolium*; 16, vaso de perfil acampanado hallado boca abajo en el fondo del *dolium* (dibujos del autor)

todo ello con arquillos colgados a modo de guirnalda pero sólo en uno de sus laterales. Se conserva completo. Este recipiente apareció boca abajo en el fondo del gran vaso usado como urna cineraria. Medidas:  $\varnothing B= 168$ ,  $\varnothing Mx= 168$ ,  $h= 126$ ,  $\varnothing b= 57$  (Blanco García, 2003: fig. 19, 11; Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-2013: fig. 27, izq.) (fig. 6, 16).

17. Fusayola troncocónica. Pasta anaranjada, superficies ali-

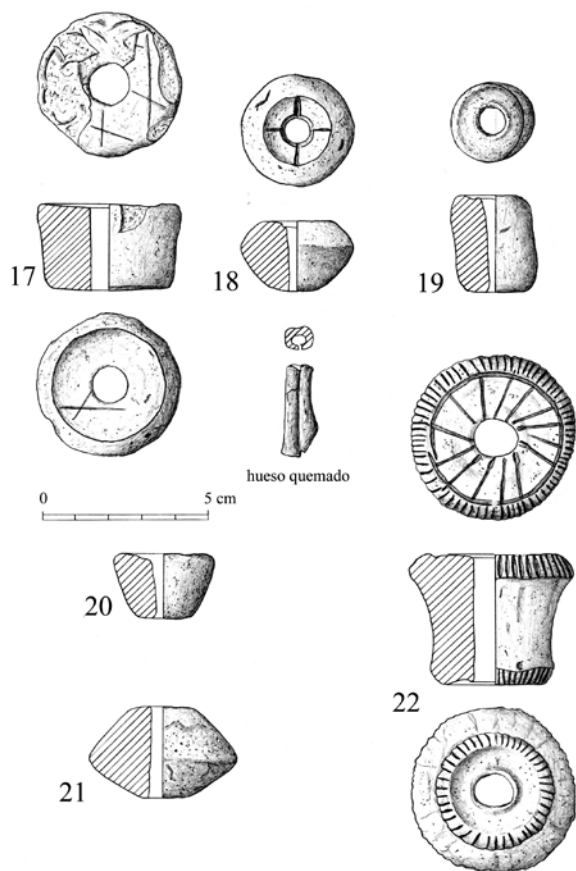


Fig. 7. Conjunto funerario UE 133 (cont.). Fusayolas que se encontraban dentro del *dolium*-urna cineraria y fragmento de hueso quemado (dibujos del autor).

superior y una en la estrecha inferior. Se conserva completa. Medidas:  $\emptyset Mx= 43$ ,  $h= 26$ ,  $\emptyset o= 10$  (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 10, 7, arriba centro; Blanco García, 2018a: fig. 3.127, cuarta de la primera fila) (fig. 7, 17; fig. 9, 4).

18. Fusayola bitroncocónica. Pasta anaranjada tostada algo arenosa, superficies alisadas, decoración cruciforme incisa en la superficie ancha superior. Se conserva completa. Medidas:  $\emptyset Mx= 33$ ,  $h= 21$ ,  $\emptyset o= 7$  (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 10, 7, abajo izq.; Blanco García, 2018a: fig. 3.127, segunda de la segunda fila) (fig. 7, 18; fig. 9, 6).

19. Fusayola con forma de carrete, aunque irregular. Pasta anaranjada, superficies alisadas. Se conserva completa. Medidas:  $\emptyset Mx= 24$ ,  $h= 29$ ,  $\emptyset o= 7/4$  (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 10, 7, arriba dcha.; Blanco García, 2018a: fig. 3.127, tercera de la primera fila) (fig. 7, 19; fig. 9, 3).

20. Fusayola troncocónica. Pasta gris algo arenosa, superficies alisadas muy erosionadas. Se conserva completa. Medidas:  $\emptyset Mx= 30$ ,  $h= 19$ ,  $\emptyset o= 7/4$  (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 10, 7, abajo centro; Blanco García, 2018a: fig. 3.127, primera de la segunda fila) (fig. 7, 20; fig. 9, 5).

21. Fusayola bitroncocónica. Pasta gris, superficies alisadas, muy alterada por el fuego (hoyuelos, vidrio, escorificaciones). Se conserva completa. Medidas:  $\emptyset Mx= 44$ ,  $h= 27$ ,  $\emptyset o= 7$  (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 10, 7, abajo dcha.; Blanco García, 2018a: fig. 3.127, segunda de la primera fila) (fig. 7, 21; fig. 9, 2).

22. Fusayola troncocónica de perfil cóncavo. Pasta anaranjada, superficies bien alisadas casi hasta el bruído, con decoración de líneas incisas tanto en la base como en la corona, así como líneas incisas radiales en la cara superior. Se conserva completa. Medidas:  $\emptyset Mx= 48$ ,  $h= 39$ ,  $\emptyset o= 12$  (Arribas Lobo *et alii*, 2014: lám. 10, 7, arriba izq.; Blanco García, 2018a: fig. 3.127, primera de la primera fila) (fig. 7, 22; fig. 9, 1).

23. Tahalí rectangular de hierro, muy afectado por el fuego, con apéndice en la zona proximal y junto al mismo, un roblón de cabeza hemisférica. Está fracturado, algo doblado y bastante deteriorado por la corrosión. Medidas:  $l= 140$ ,  $a= 38/42$ ,  $g= 3/6$  (Arribas Lobo y Pérez González, 2015: 50, lám. II, 5.3; Blanco García, 2018a: fig. 3.127, centro) (fig. 8, 23; fig. 9, 7).

24. Parte tubular de una punta de lanza de hierro muy afectada por el fuego. Está fracturada en la zona próxima al inicio de la hoja y bastante deteriorada por la corrosión. Medidas:  $l= 70$ ,  $a= 20/16$ ,  $g= 2/3$  (Arribas Lobo y Pérez González, 2015: 49, lám. II, 2.3, (interpretada como regatón); Blanco García, 2018a: fig. 3.127, inf. dcha.) (fig. 8, 24; fig. 9, 10).

25. Fragmento de hierro perteneciente al bastidor de la vaina de un puñal o espada corta. Está muy afectado por

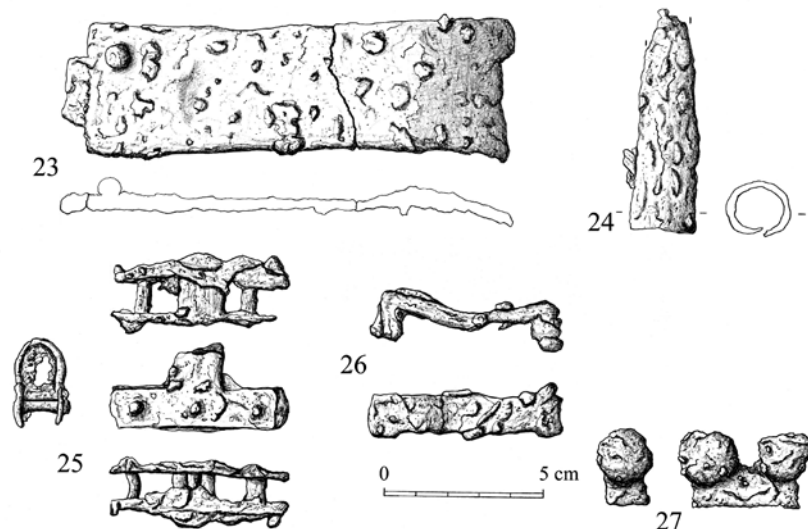


Fig. 8. Conjunto funerario UE 133 (cont.). Elementos de hierro que se encontraban dentro del *dolium*-urna cineraria: 23, tahalí; 24, parte tubular de una lanza; 25, fragmento de bastidor de la vaina de un puñal o espada; 26, fragmento del asa lateral de suspensión de la vaina de un puñal o espada; 27, pomo de antenas atrofiadas de un puñal o espada (dibujos del autor)

el fuego y la corrosión. Medidas: l= 56, h= 23, a= 18, g= 3/4 (Arribas Lobo y Pérez González, 2015: 49, lám. I, 4.2; Blanco García, 2018a: fig. 3.127, abajo, centro) (fig. 8, 25; fig. 9, 9).

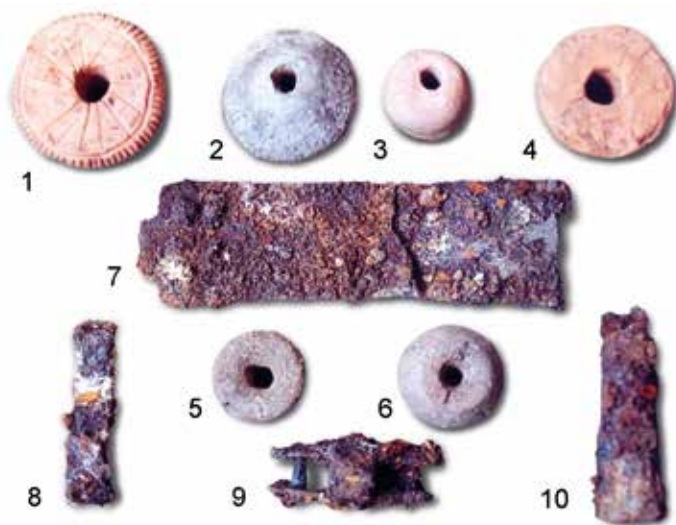
26. Fragmento de hierro posiblemente perteneciente al asa lateral de suspensión de la vaina de un puñal o espada corta. Está muy afectado por el fuego y la corrosión. Medidas: l= 61, h= 16, a= 11/13, g= 5/6 (Arribas Lobo y Pérez González, 2015: 51-52, lám. IV, 19.1; Blanco García, 2018a: fig. 3.127, inf. izq.) (fig. 8, 26; fig. 9, 8).

27. Fragmento de hierro perteneciente a un pomo de antenas atrofiadas de puñal o espada. Una de las esferas se encuentra partida en su zona superior. Está muy afectado por el fuego y la corrosión. Medidas: l= 31, h= 22, a= 15 (Arribas Lobo y Pérez González, 2015: 49, lám. I, 3.1.) (fig. 8, 27).

A estos materiales recuperados en el interior del *dolium*-urna cineraria hay que añadir varios pequeños fragmentos de hueso quemados, el mayor de los cuales tan sólo tenía 20 mm de longitud (fig. 7, centro). El color que tienen permite aproximarnos a la temperatura a la que se produjo la cremación, pues si a los 600 grados centígrados la cortical externa del hueso adquiere una coloración gris y en torno a los 650 ya es blanca, aunque la interna siga siendo gris/negra, al estar los fragmentos del cadáver caucense de un color blanco marfil, eso significa que fueron temperaturas sostenidas de en torno a 650 grados las que se alcanzaron, que son las registradas de manera habitual en necrópolis como la de Numancia (Trancho, Robledo y López-Bueis, 2004: 438) o Las Ruedas, aunque en ésta última unas sepulturas muestran huesos de coloración gris y otras blanca (Sanz Mínguez, 1997: 493).

Tras la descripción realizada, lo que ahora procede es analizar, siquiera brevemente, cada uno de los elementos de los cinco grupos que forman el conjunto. Es decir, la cerámica a mano, la torneada común, los recipientes de cerámica fina, las fusayolas y los elementos metálicos, tras lo cual estaremos ya en disposición de hacer una valoración general del depósito.

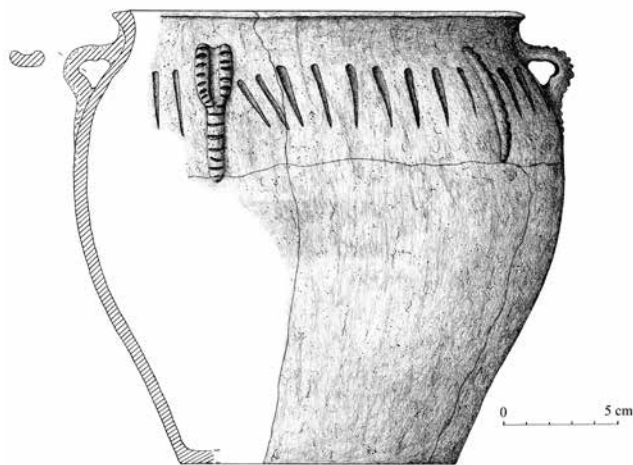
Fig. 9. Conjunto funerario UE 133. Fusayolas y fragmentos de hierro hallados en el interior del *dolium*-urna cineraria (fotografía del autor).



No es la primera vez que en *Cauca* se han hallado vasos trípodes de fabricación manual, aunque siempre se trata de fragmentos, generalmente patas aisladas que se han desprendido del cuerpo del vaso o, como mucho, patas con parte del fondo, como es el caso que aquí nos ocupa. Nunca en nuestras excavaciones hemos hallado vasos completos, semejantes a los recuperados en contextos funerarios (Cuéllar, Las Ruedas, *Pallantia*/Palenzuela...). Y es que los vasos trípode, en todas sus variedades morfológicas, son más habituales en contextos funerarios que domésticos. Del fragmento de galbo con círculos concéntricos impresos tampoco es mucho lo que se puede decir, más allá de que pertenece a las hasta no hace mucho referidas como cerámicas “de tipo Cogotas II” en las que, sobre todo en los territorios del sur vacceo (Simancas, *Pintia*, *Cauca*...), tales elementos decorativos son muy comunes, en cronologías que van desde comienzos del siglo IV a. C. o incluso finales del V hasta muy avanzado el siglo II a. C.

Más interesante que estos dos fragmentos es una singular olla que, aun estando incompleta, con los trozos conservados es más que suficiente para estudiarla en todas sus características (fig. 4, 3 y fig. 10). Su singularidad no se debe a la forma que posee, que es bastante común, sino a su decoración, pues en *Cauca* no la teníamos documentada

Fig. 10. Conjunto funerario UE 133. Olla de fabricación manual con decoración impresa (dibujo del autor).



pero de la que, afortunadamente, nos constan referentes muy similares en otros yacimientos vacceos. Y el primero nos lleva a Tariego de Cerrato, de donde procede una olla algo más esbelta que la caucense, de factura muy similar e igualmente fabricada a mano (Castro García y Blanco Ordás, 1975: 72, láms. III, IV 1 y XVIII 1; Burgos Mazas, 2016: 12 y 20, inf. izq.). Se asemeja a la de *Cauca* en que también tiene asitas formadas por dos cordones pegados que han sido decorados mediante impresiones transversales, pero son asitas que se diferencian en dos elementos: las de la pieza palentina rematan por arriba en pastillas planas y, en segundo lugar, carecen de la prolongación hacia abajo en cordón único que tiene la caucense, de manera que esta última en la vista frontal adquiere forma de Y. Además de esto, la olla de Tariego no tiene gallones en vertical aplicados en el hombro pero sí cordones formando una gran M, muy posiblemente con un sentido simbólico que no acertamos a desentrañar, y también con impresiones transversales.

Donde sí encontramos gallones verticales idénticos a los de la olla caucense es en una vivienda de Tardumeros, barrio de la ciudad vaccea situada en Melgar de Abajo (Valladolid), junto al río Cea. De aquí procede un tazón de borde vuelto, cuerpo globular algo asimétrico y pie anular bajo, fabricado a mano, en cuyas paredes externas han sido pegados gallones verticales decorados, en este caso, con incisiones transversales (Cuadrado y San Miguel, 1993: 331, fig. 11, 5). También en un fragmento de Vertavillo, en este caso conviviendo con peine impreso (Abarquero, 2014: 30, 3, inf. izq.). Gallones impresos formando grupos de cuatro en vertical de nuevo vemos en un barroco vaso hecho a mano con decoración de peine inciso recuperado en la tumba 5 de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 56, fig. 24, A, fig. 202, 62 y fig. 205, 16), adscrita a la fase I, de mediados del siglo IV a. C.; y en la tumba 75 de este mismo cementerio, perteneciente a un destacado guerrero ecuestre del siglo II a. C., entre los numerosísimos recipientes cerámicos recuperados hay un barroco vaso trípode hecho a mano que también muestra, tanto entre las asas —formadas por cuatro cordones pegados lateralmente— como bajo ellas, gallones en vertical decorados con impresiones transversales (Sanz Mínguez *et alii*, 2003c: 178, fig. 3, L).

En definitiva, estas vasijas vacceas fabricadas todas ellas a mano parecen tener un denominador común

en cuanto a los recursos decorativos que se han empleado, pero considerando las estimaciones cronológicas que para cada una se ha propuesto, hemos de concluir que son de una dilatada trayectoria temporal, pues prácticamente abarcan desde mediados del siglo IV a. C. a finales del II o comienzos del I a. C. Y viendo cómo los contextos de las piezas caucense y pintianas son claramente funerarios, y que a la de Tariego también se le estima una posible función ritual o funeraria, quizá en esto resida la explicación de tan larga pervivencia: las tradiciones vinculadas con el mundo religioso son más longevas, están más ancladas al pasado, que las vinculadas con otras esferas de la vida.

Si pasamos ahora a las ollas de cerámica común, que son tres y están fabricadas a torno (fig. 4, 4-6), cada una de ellas pertenece a un morfo-tipo diferente, en contraste con lo que se viene constatando en la necrópolis de Las Ruedas, donde lo habitual en tumbas con varias ollas de cerámica tosca es que pertenezcan a un único tipo, como se puede comprobar en las 135 y 144, por ejemplo (resp., Sanz Mínguez y Carrascal Arranz, 2012: 38; Sanz Mínguez y Coria Noguera, 2018: 134, figs. 2 L-P y 13). Por otra parte, y a diferencia de las ollas vacceas de los siglos IV y III a. C., los tres ejemplares caucenses tienen la base plana o muy suavemente cóncava, lo que constituye un rasgo de modernidad. Cierto es que las ollas soteñas son de base plana o suavemente rehundida, como éstas, pero estaban fabricadas a mano.

Por dimensiones y morfología destaca la gran olla de cuerpo piriforme, que con sus 41 cm de altura casi se puede decir que es un vaso de almacenaje (fig. 4, 4). A pesar de tener bordes distintos, puede que a este tipo de olla pertenezcan dos fragmentos de boca que se encuentran entre los materiales hallados en posición secundaria en Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 164, fig. 162, 332 y 333), pero aun así, es un tipo de recipiente más habitual en poblados que en necrópolis, muy posiblemente porque está ideado más para guardar volúmenes importantes de mercancías de uso en la vida cotidiana que viandas para los muertos. Esto mismo se puede decir, incluso con más contundencia aún, del *dolium* usado como urna cineraria al que más adelante dedicaremos algún comentario.

La pequeña olla de 8,5 cm de altura cuyo perfil adquiere forma de S y tiene su diámetro máximo en la mitad

superior (fig. 4, 5) es bastante corriente, aunque no con tan reducidas dimensiones, tanto en ambientes funerarios como domésticos. Más en estos últimos que en aquellos encontramos la olla de cuerpo ovoide con el borde vuelto en ángulo al exterior y diámetro máximo en el tercio superior (fig. 4, 6). Pertenece a un tipo que no sólo se fabricó en la última fase del mundo vacceo, sino también en las primeras décadas del Imperio, dando lugar a un fenómeno de convergencia morfológica con ciertas ollas romanas cuya época de apogeo fueron los siglos I y II d. C. (Blanco García, 2017: 170, fig. 6, tipo 1A).

Por lo que al tercer grupo de recipientes se refiere, el de los fabricados en cerámica fina de mesa, todos presentan decoración pintada y, salvo uno de ellos, todos se encuentran completos y en buen estado de conservación. Empezaremos por los que fueron depositados junto a la urna cineraria para luego referirnos a la propia urna y a los dos vasos que dentro había. El vaso con asa diametral de tipo cesta (fig. 5, 7) es asimilable a la forma IX 2/3 de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 290, fig. 211), la cual, con algunas diferencias morfológicas como disponer de baquetones, se tiene documentada también en los poblados de El Soto de Medinilla, El Raso de Candeleda, Numancia, la necrópolis de La Osera y en varias excavaciones de la propia ciudad de *Cauca*. Su cronología es muy dilatada, pues abarca desde mediados del siglo IV a. C. hasta momentos inmediatamente anteriores a la época sertoriana, que son a los que pertenece el recipiente caucense.

Emparentada con esta forma está nuestra siguiente vasija, ya que también tiene cuerpo bitroncocónico, pero las diferencias son que es menos esbelta, de cuello corto, con un perfil de curvas menos suaves, más angulosas, y carece de asa, si bien éste es sólo un elemento accesorio (fig. 5, 8). Con todos estos rasgos se puede decir que se trata de una forma diferente, no asimilable a ninguna de las recogidas en la tipología de Las Ruedas de 1997, aunque son tantas las nuevas formas exhumadas con posterioridad a esa fecha que no descartamos su existencia en este cementerio. A la que sí se asemeja bastante es a la urna cineraria hallada en la vivienda 3 de Montealegre que en el siguiente epígrafe centrará nuestra atención.

El tipo de vaso de perfil acampanado 9, asimilable a la forma IV 3 de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 284-286,

fig. 211), es muy frecuente en *Cauca*, siempre en contextos de los siglos II y I a. C., sobre todo en los de éste último. Puede que sus precedentes formales remonten a finales del siglo III a. C., pero antes de estas fechas no aparecen. Resulta sintomático a este respecto que en el extenso elenco de vasos recuperados en el alfar de Los Azafranales, fechado en la primera mitad de esa centuria (Blanco García, 1998), esta forma esté por completo ausente. Por otra parte, y al menos en *Cauca*, ésta es una de las formas en la que, junto a la negra y la rojizo/anaranjada, más habitualmente se ha hecho uso de la pintura blanca, lo que refuerza su condición de producto tardío (Blanco García, 2018b).

Emparentados entre sí están los cuencos de tipo bol 10 y 11. Lo único que les diferencia es desde el baquetón medial hacia arriba, pues en el primero de ellos la pared es recta y ligeramente exvasada mientras el segundo la tiene suavemente convexa. Las dos son formas relativamente comunes y de amplia cronología, pues en el siglo IV a. C. ya están presentes, pero su época de mayor apogeo se sitúa en momentos tardíos (siglos II y I a. C.), llegando incluso a pervivir, con algunas variaciones morfológicas y como parte ya de las producciones tardovacceas, hasta mediados del siglo I d. C. (Blanco García, 2015: 459, fig. 21, 1). La propia decoración esquemática pintada que muestra el segundo de los vasos es característicamente tardía.

De la copa 12 y el mortero 13 no es mucho lo que se puede precisar en términos cronológicos. La primera es un tipo cerámico muy corriente, de amplia cronología y dispersión geográfica tanto en yacimientos vacceos como celtibéricos y vetones. A pesar de ello, hay un elemento morfológico que, al menos en *Cauca*, es característicamente tardío: el pie convexo. A lo largo de la historia de esta forma, desde el principio, allá por los comienzos del siglo IV a. C., los pies elevados se hicieron más o menos tendidos, lo que en sección les hace adoptar una forma cóncava, y sólo a partir de cierto momento, quizá en el siglo III a. C., empiezan a aparecer los pies convexos y engrosados en la base. Esto afectó a otras formas con pie de tipo copa, como magníficamente se puede ver también en el mortero 13. Un mortero cuyas peculiaridades morfológicas, con carena viva interior tanto en el borde como en la base, nos han servido recientemente para individualizarlo como tipo 9 dentro del repertorio de morteros vacceos (Blanco García, 2018-2019:

74, fig. 1, 9). En ambos recipientes la decoración pictórica no es nada significativa desde el punto de vista cronológico, ya que se limita a una serie de líneas paralelas en horizontal o ligeramente inclinadas, en tonos oscuros.

Caso excepcional en el panorama funerario vacceo es el uso de un gran vaso de almacenaje como contenedor de los restos cremados del difunto (fig. 6, 14), de fragmentos de hierro pertenecientes a sus armas y de otra serie de materiales (seis fusayolas y dos vasos) que, a diferencia de las armas, no pasaron por la pira funeraria. Si en absoluto es corriente que vasos de estas dimensiones formen parte del equipo cerámico depositado en una tumba, su uso como urna cineraria resulta por completo desconocida en la media docena de necrópolis vacceas constatadas, pues lo corriente es dedicar a tales menesteres una olla de cerámica común o un vaso de fabricación manual. En otros ámbitos culturales de la Meseta sí nos consta la presencia de estos grandes vasos en alguna que otra tumba, en unos casos como urna cineraria también y en otros como parte del equipo vascular de acompañamiento. Por ejemplo, en la tumba 11 de la necrópolis de El Raso de Candeleda (Ávila) la urna cineraria era uno de estos grandes vasos de provisiones (Fernández Gómez, 1986: 696, fig. 405, 1), y en la 15 parece que simplemente formó parte del conjunto, pues no se pudo determinar cuál de los recuperados era la urna (*id.*, 1986: 584-585, fig. 320). En la tumba C5T9 de la necrópolis celtibérica de El Inchidero (Aguilar de Montuenga, Soria) también la urna cineraria que, por cierto, contenía los restos cremados de tres individuos, es una de estas grandes vasijas —aunque de factura tosca—, dentro de la cual se recuperaron numerosos materiales que llevaron a su investigadora a calificarla como tumba «rica» (Arlegui, 2012: 190 y 192-193, fig. 10). Por los materiales metálicos del interior, es claramente anterior a la de *Cauca* que estamos analizando.

Aquí, en *Cauca*, estas grandes tinajas para almacenar provisiones están presentes desde los inicios de la producción local de cerámica a torno, a comienzos del siglo IV a. C., hasta el final del mundo vacceo, e incluso penetran en las primeras décadas del Imperio. Las de bordes vueltos con sección en forma de “palo de golf” convivieron con las de bordes con sección en forma de “cabeza de ánade” a lo largo de los siglos IV, III y parte del II a. C., pero a partir de



Fig. 11. Vasos de cerámica fina a torno, pintada (fotografía de IE Universidad).

cierto momento de la segunda centuria son las tinajas con borde de sección “cabeza de ánade” las que imperarán. Paralelamente a éstas últimas, en muchos casos se fabricarán tinajas cuya superficie externa inferior del borde acaba por pegarse al hombro, dando lugar a secciones gruesas con forma de 8 dispuesto en horizontal o bien en diagonal. Y otro dato interesante con implicaciones cronológicas: mientras en las tinajas de los siglos IV y III a. C. el diámetro máximo se encuentra muy poco por encima de su mitad, con lo que son relativamente esbeltas (*vid.* Blanco García, 1998: fig. 3, 11 y fig. 7, 2), en las de los siglos II y I a. C., e incluso en las que penetran en el Imperio, lo habitual es que ese diámetro se sitúe en una posición más elevada, más cerca del borde, con lo que son tinajas más rechonchas y globulares, como es el caso de la que ahora nos ocupa. Aunque no faltan las excepciones, evidentemente, esta es una característica general que venimos observando en *Cauca* desde los años ochenta del pasado siglo así como en otros yacimientos.

En *Rauda*, por ejemplo, y salvo alguna excepción, también se ha comprobado esto (Sacristán, 1986), y en *Las Quintanas-Pintia* de nuevo se cumple esta característica: del nivel IV de la campaña de 1985, fechado entre mediados del siglo II a. C. y época sertoriana, procede una tinaja globular como las caucenses tardías (Sanz Mínguez y Escudero Navarro, 1993: 291-292, fig. 6, abajo izq.); y de la denominada casa 3, fechada hacia mediados del I d. C., otra con diámetro más alto aún (Centeno *et alii*, 2003: fig. 16, abajo). A propósito de ese nivel IV al que nos acabamos de referir, por morfología de los vasos y esquemas pictóricos desarrollados, es un conjunto claramente coetáneo del caucense que estamos analizando en este apartado.

Ya sólo nos quedaría dedicar unos comentarios a la pátera 15 y al caliciforme 16. Respecto a la primera (fig. 6, 15), únicamente señalar las evidentes influencias formales que en ella ha ejercido la cerámica campaniense, lo que constituye un claro indicio de modernidad para todo

el conjunto. Y por lo que al vaso de boca acampanada se refiere (fig. 6, 16), en este caso carente por completo de cualquier influencia romana, su esquemática y desarticulada decoración pictórica y los contextos en los que en *Cauca* suelen aparecer formas idénticas nos conducen, de nuevo, a momentos avanzados del siglo II a. C. o iniciales del I a. C. Es una de las formas, por otra parte, más habituales en cerámica gris de imitación argéntea, un característico grupo cerámico vacceo que se estuvo fabricando en el último tercio del siglo II a. C. y el primero de la centuria siguiente, si bien, y como hemos señalado en más de una ocasión, no es raro encontrar vasos de esta familia cerámica que seguían estando en uso durante todo el I a. C. (Blanco García, 2001).

La media docena de fusayolas que había dentro del gran recipiente – urna cineraria son bastante heterogéneas tanto en el tipo de masa arcillosa con la que han sido fabricadas como en el tamaño, la morfología y la decoración (fig. 7 y fig. 9, 1-6)). La de mayor tamaño, que es la 22, es al mismo tiempo la que está fabricada en arcilla de mejor calidad, la de modelado más cuidadoso, superficies mejor tratadas y la más profusamente decorada. Le siguen en calidad las número 17, 19 y 18, y las más burdas son la troncocónica 20 y la bitroncocónica 21. Como diversos autores han apuntado, las fusayolas en contextos funerarios podrían tener más un carácter simbólico que marcador de género, en base esto último a la vinculación que tradicionalmente se hace de las labores textiles con la mujer. Como recuerda Sanz Mínguez (1997: 346), en la necrópolis alcarreña de La Yunta las fusayolas se distribuyen al 50% entre las tumbas femeninas y masculinas.

Lo que sí es abrumadoramente mayoritario en sepulturas masculinas es el armamento. En nuestro caso, los fragmentos que había dentro de la urna son escasos en número, todos de hierro y están muy deteriorados debido tanto a las altas temperaturas que tuvieron que soportar en la pira funeraria como a la corrosión que posteriormente se produjo, lo cual no impide su identificación (fig. 8 y fig. 9, 7-10). Del tahalí poca información se puede extraer, pues ni siquiera es posible ver si estuvo decorado o no. Por su morfología y tamaño cabría llevarlo a los siglos III-II a. C. De la espada o puñal, únicamente han quedado las antenas atrofiadas de su empuñadura, lo que descarta que perteneciera a ciertos tipos pero impide que concretemos entre

los que las tenían de esta manera, como eran las de tipo Arcóbriga, Atance/Atienza..., cuyo mayor apogeo fue en los siglos IV y III a. C. si bien ya con carácter residual siguen apareciendo en contextos del II a. C. De la hoja no se ha conservado nada, y tan poco ha quedado de la vaina que es imposible hacer cualquier tipo de precisión, lo mismo que ocurre con el fragmento de emmango tubular de la punta de lanza o jabalina.

Ya para finalizar lo referente a este depósito funerario en el que quizá nos hemos extendido más de lo debido pero que, a falta de información sobre la necrópolis de *Cauca* vaccea, creemos que bien merecía la pena, procede hacer una valoración del conjunto. Las observaciones estratigráficas así como el análisis morfológico y decorativo de los recipientes cerámicos que acabamos de hacer indican que estamos ante un conjunto tardío dentro del devenir histórico vacceo, seguramente de la segunda mitad del siglo II a. C. o comienzos de la siguiente centuria, como al comentar algunas piezas hemos señalado. El propio hecho de que las ollas de cerámica común no tengan la base umbilicada, como es lo más común, sino plana o muy ligeramente rehundida; que en la pátera 15 la influencia de la campaniense sea muy evidente; o que las decoraciones de los vasos 11 y 16 se caractericen por un destacado esquematismo, son todos ellos indicios de modernidad. Y los elementos de mayor antigüedad, como son el fragmento de vaso trípode, el galbo con círculos impresos y la singular olla con decoración impresa en su hombro y asitas así como con gallones verticales también impresos, puede que tuvieran cierto carácter de reliquias, de elementos conectores con las tradiciones y los ancestros familiares. Éste es un aspecto de enorme interés sobre el que cada vez vamos teniendo más datos en el mundo vacceo.

Tampoco nos cabe la menor duda de que se trata de la cremación de alguien que fue importante para los ocupantes de la vivienda en cuestión, cuyos restos se quisieron tener cerca. Con veintisiete piezas en total, muy variadas y aunque ninguna de ellas se puede calificar de excepcional, esta tumba o depósito se alinearía con las que podemos calificar como “ricas” de la necrópolis de Las Ruedas. Los restos óseos aún no han sido analizados para ver la edad y el sexo del finado. La presencia de esas seis fusayolas podría ser un indicativo simbólico de género, como la tra-

dición investigadora ha venido interpretando, pero cada vez es más cuestionable esta idea porque no resulta nada rara la presencia de elementos tradicionalmente asignados a personajes femeninos en sepulturas que los análisis osteológicos han demostrado pertenecían a varones, lo que ha conducido a no pocos investigadores a advertir sobre el peligro que supone hacer adscripciones de este tipo a partir de los materiales de acompañamiento depositados con las cremaciones (véase a este respecto Quesada, 2012). En cualquier caso, no debemos desestimar esa posibilidad: que se tratase, efectivamente, de una mujer con armamento, algo que en el mundo prerromano peninsular resulta conocido, si bien es muy excepcional.

Al margen de todo esto, hay un par de cosas que desde el principio nos parecen extrañas y para las que seguimos sin encontrar una explicación. La primera de ellas es ver cómo el cuenco acampanado 16 se colocó boca abajo en el fondo del gran vaso – urna cineraria. Si se dispuso así quizá fuese porque no contenía nada, lo cual resulta raro considerando que en los vasos de acompañamiento de las urnas suelen aparecer alimentos para el tránsito al Más Allá del difunto o restos de banquete funerario de sus familiares. Y la segunda es por qué tanto las fusayolas como los fragmentos de armas de hierro, la pátera 15 y los trozos de hueso cremados estaban, mezclados con abundante tierra, en la zona media de la urna, colocados con posterioridad a haber puesto el referido cuenco acampanado. ¿No será que todo el conjunto pertenezca a una deposición secundaria? Que inicialmente estuviera en la necrópolis y luego, por la razón que fuera, se reabrió el *loculus*, se metieron en una tinaja –que quizá en origen no formara parte del enterramiento, sino que sólo haya sido un mero contenedor para el transporte– un vaso en el fondo, sobre él, todo mezclado con tierra, los fragmentos de hierro, de hueso, las fusayolas, la pátera y, como ya eran muchos y demasiado grandes, el resto de vasos de acompañamiento. De ser esto así, es posible que la urna originaria fuese el vaso de elaboración manual 3, más acorde con lo que habitualmente encontramos en necrópolis vacceas, como la de Cuéllar. No sabemos si la realidad fue ésta o estamos haciendo demasiadas conjeturas, pero de haberse producido los hechos tal como acabamos de plantear a modo de hipótesis, lo cierto es que no se tiene documentado ningún caso parecido, no ya en el

ámbito vacceo, sino en el conjunto de la península Ibérica. Sí lo hay, sin embargo, al otro lado de los Pirineos, en Pech Maho, como más adelante comentaremos. Además, de un personaje importante también.

Aunque hasta ahora no lo hemos mencionado, decir que no se han realizado análisis de residuos ni de fitolitos de los recipientes para averiguar las últimas materias que contuvieron y tampoco en el sedimento que había entre los recipientes se advirtieron restos faunísticos que pudiéramos poner en relación con un posible banquete funerario.

### 3.2. Montealegre (Valladolid)

Las excavaciones realizadas en 2008-2010 en el casco urbano de la localidad vallisoletana de Montealegre sacaron a la luz los restos de una serie de viviendas dispuestas a ambos lados de dos calles presumiblemente convergentes hacia el este que estuvieron empedradas y dispusieron de aceras igualmente de piedra (Retuerce y Hervás, 2009; Blanco García *et alii*, 2011) (fig. 12). Pues bien, en una de las estancias de la vivienda 3 se documentó un banco de barro o poyo situado en una esquina entre dos muros y adosado a ellos, sobre el que estaba colocado en posición natural una urna cineraria en cuyo interior habían sido depositados restos antropológicos cremados, fragmentos de armas de hierro y dos canicas de barro. A su lado se recuperó otro recipiente, casi completo, que apoyaba no de forma natural sobre su base, sino sobre un costado, volcado hacia el exterior del banco, pero no sabemos si formaba conjunto con la urna o simplemente estaba dispuesto sobre el banco a la espera de ser utilizado por parte de los ocupantes de la casa (fig. 13).

Entrando en detalles, la urna está fabricada a torno, pertenece al grupo de las producciones vacceas comunes o toscas (Blanco García, 2010: 274-278), está cocida en atmósfera predominantemente oxidante aunque en la coloración de las paredes imperan los tonos tostados y en algunas zonas, así como en la fractura que presenta el borde, la coloración negruzca de la pasta indica que la cocción no ha sido homogéneamente oxidante. Lejos de ser extraño, y tal como muestra la necrópolis pintiana de Las Ruedas, lo habitual es depositar los restos antropológicos de los incinerados en recipientes comunes de tipo olla, pero este de Montealegre no responde al morfo-tipo clásico

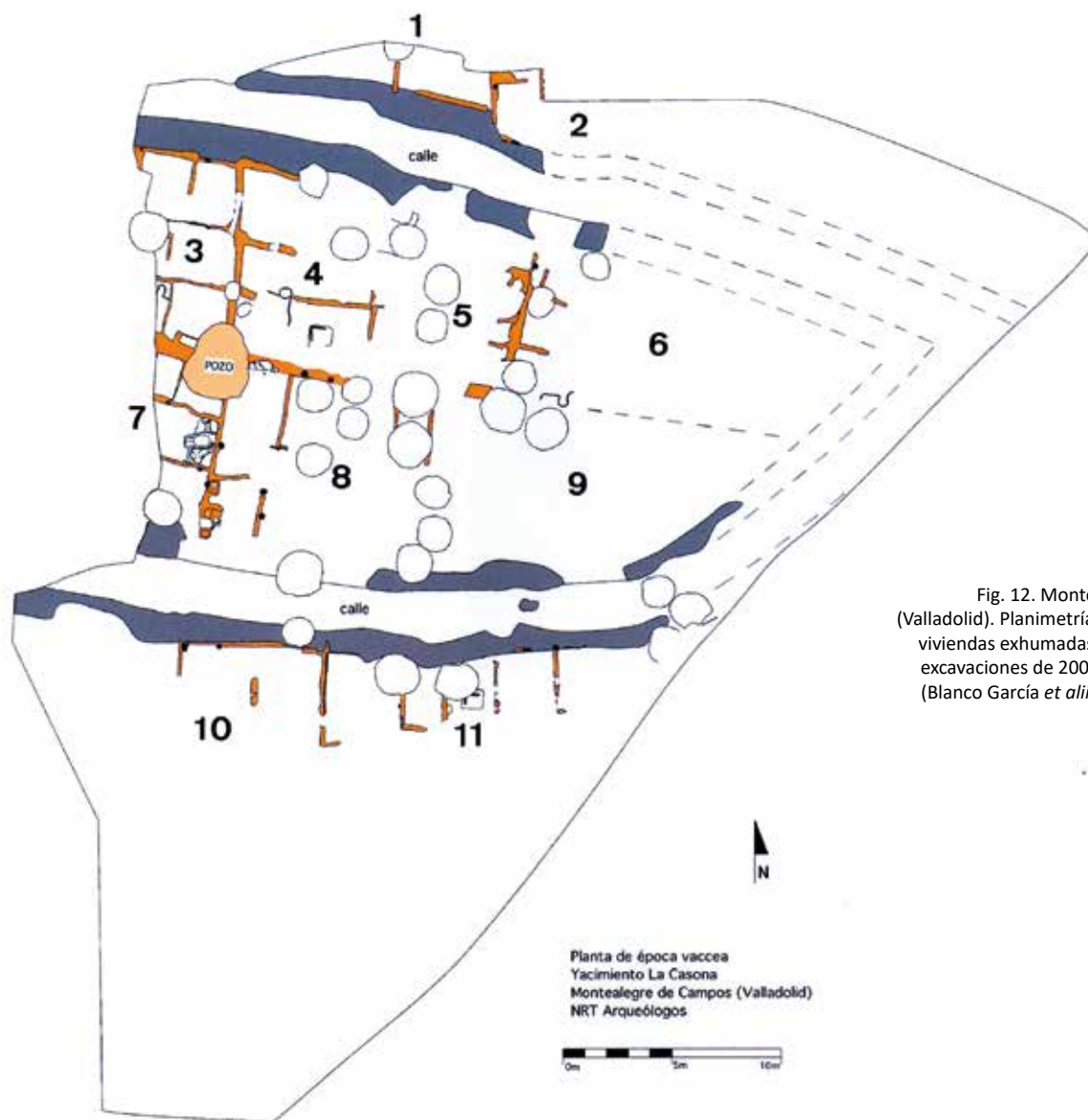


Fig. 12. Montealegre (Valladolid). Planimetría de las viviendas exhumadas en las excavaciones de 2008-2010 (Blanco García *et alii*, 2011)

co de olla vaccea (fig. 14). Más bien es un tipo intermedio entre olla y botella, de amplia boca acampanada que se abre al exterior, con cuello recorrido por un baquetón y cuerpo ovoide, asimilable a la forma IX 3 de la tipología que para las cerámicas anaranjadas a torno realizó C. Sanz

en Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 290, fig. 211), aunque sin el asa diametral que muestra la pintiana. Carente de decoración, algunas zonas de las paredes del cuerpo han absorbido los óxidos de hierro de los fragmentos de armas que contenía.



Fig. 13. Detalle del banco de barro, alacena o zaltarcillo? de la vivienda 3 de Montealegre (Valladolid) (fotografía de D. Lucendo).

Cuando se recuperó la urna durante las excavaciones, del interior se extrajo la tierra que colmataba la parte superior y seguidamente algunos fragmentos de huesos lavados, dos canicas, un regatón, un trozo de empuñadura perteneciente a un puñal o una espada de hierro y otros fragmentos del mismo metal que seguramente formaron parte de la hoja o la vaina. No obstante, ante lo empastados que se encontraban los elementos metálicos y las cenizas cuanto más profundos estaban, los materiales de la zona inferior de la urna se dejaron sin extraer (fig. 15), con la intención de que el trabajo se acabara de realizar en el laboratorio. Entregados los materiales de esta excavación en el Museo de Valladolid, a día de hoy no nos consta que los restos del fondo hayan sido extraídos y restaurados. Como tampoco nos consta que los fragmentos de hueso hayan sido objeto de análisis para averiguar la edad y el sexo del finado, con seguridad un adulto. Todas estas circunstancias hacen que para este caso sigamos manejando información incompleta, lo cual también nos impide realizar una descripción pormenorizada de cada uno de los ob-



Fig. 14. Urna cineraria de Montealegre (fotografía de M. Retuerce).

Fig. 15. Detalle de los restos del fondo de la urna cineraria de Montealegre (Valladolid), donde se aprecian numerosos objetos metálicos (fotografía del autor).



jetos que contenía la urna, tal como lo hemos hecho en el caso de *Cauca*.

Respecto al segundo de los recipientes hallados sobre esa especie de banco o alacena, señalar que es de cerámica fina de excelente calidad, de color rojizo intenso y morfológicamente responde a un tipo de ollita baja de cuerpo bitroncocónico con asa diametral, de cesta, también muy baja, aunque de ésta los únicos que se han conservado han sido los inicios y las pestañas prensiles para apoyar el pulgar (fig. 16). Es una forma asimilable a la XII 2 de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 292, fig. 211), si bien el asa de la pintiana tiene mayor proyección vertical. A diferencia de la urna, este vaso sí muestra decoración pictórica en el hombro: un friso de motivos geométricos diversos, de ejecución poco cuidada. Y a diferencia de aquella también, en su interior no había más que tierra. Tampoco nos consta en este caso que se hayan realizado análisis de residuos.

En esta vivienda 3, así como en casi todas las otras exhumadas en las excavaciones de los indicados años, apenas había fragmentos de cerámica y de otros materiales muebles en las estancias. Son casas que perecieron por causa de un incendio generalizado hacia comienzos del siglo I a. C., pero da la impresión de que cuando éste se produjo o bien ya estaban abandonadas o bien sus inquilinos tuvieron tiempo suficiente para sacar los enseres. En cualquiera de los dos supuestos, resulta difícil explicar por qué no se retiró la urna cineraria, habida cuenta que debió de ser algo valioso y con una gran carga simbólica en lo que se refiere al culto a los antepasados y al mantenimiento de la memoria de un miembro de la familia. Y también resulta de difícil explicación el hecho de que ni la urna cineraria ni el vaso que a su lado estaba muestran signos de haber estado sometidos al intenso calor producido por la ardiente techumbre de la vivienda precipitada al suelo.

Hemos dicho que ambas vasijas estaban sobre un sencillo banco de arcilla o una alacena, pero ¿y si más que esto realmente era un altarcito, un lugar de culto doméstico en el que se veneraban los restos de algún antepasado? Esta es una posibilidad que no debemos desestimar porque lugares de culto privados, de carácter gentilicio y en el marco de la vivienda, sí se tienen constatados en la Hispania céltica, aunque en ellos no hay elementos funerarios asociados. No los hay en el santuario excavado por J. Barrio



Fig. 16. Ollita de cuerpo bitroncocónico colocada junto a la urna cineraria (fotografía del autor).

en el poblado II del Cerro del Castillo, en la también vaccea Cuéllar (Barrio Martín, 2002; Blanco García y Barrio Martín, 2010: 36-37); tampoco en el santuario gentilicio documentado en el castro portugués de Romariz (Vila da Feira), donde sí se ha conservado un altar (Silva, 1986: 299, láms. XXI, XXII y CXXXII); y menos aún en los posibles dos santuarios superpuestos del carpetano Cerrón de Illescas (Toledo) (Balmaseda y Valiente, 1981; Valiente y Balmaseda, 1983; Valiente y López, 2007: 188-189, fig. 3), si convenimos en éste último caso en que la edificación en la que se encuentra el conocido relieve modelado en el frontal de un banco de arcilla adosado a un muro, interpretado como posible altar, es privada y no pública. Salvo en el caso cuellarano, en los otros dos el contexto arquitectónico y la calidad de los materiales muebles recuperados sobrepasan con mucho la imagen de modestia que da lo hallado en Montealegre, a fin de cuentas una urna cineraria sobre una pequeña plataforma de barro, pero no por ello hemos de dejar de plantear la hipótesis.

#### 4. Conclusiones. Una mirada fuera del territorio vacceo.

De todo lo anterior son varias las ideas que se desprenden. En primer lugar, la continuidad de la práctica de enterrar individuos infantiles bajo el suelo de las casas, así como de animales generalmente jóvenes, desde la Primera Edad del Hierro hasta que el mundo vacceo se romaniza. Es una continuidad que se advierte de manera generalizada en toda la península Ibérica y fuera de ella.

En segundo lugar, lo excepcionales que son los enterramientos o depósitos funerarios de adultos en contextos domésticos vacceos, de aceptar que tanto los huesos cremados de Montealegre como los de *Cauca* pertenecen verdaderamente a individuos adultos, pues, insistimos, análisis osteológicos no se han realizado. Pero si aquí son excepcionales, en otras entidades étnicas de nuestro entorno son por completo inexistentes. No conocemos incineraciones como las dos vacceas entre los vetones, celtíberos, carpetanos... Entre los citados en segundo lugar, huesos de adultos en los espacios domésticos sí se han encontrado, pero al tratarse de hallazgos antiguos siempre han generado muchas dudas sobre el carácter que tienen. En Numancia, por ejemplo, Taracena halló cuatro cráneos sin maxilar inferior en otoño de 1940 dentro de la habitación 4 de una de las casas de la manzana XXIII (Taracena, 1943: 163-164, fig. 6). Según explica, la referida habitación tuvo dos plantas, una a nivel de calle y la otra, a la que denomina «cueva», era subterránea, de unos dos metros de profundidad. El piso de aquélla, a la sazón techumbre de ésta, era de madera. Considerando que los cráneos fueron hallados a diferentes profundidades y mezclados con los escombros que colmataron la «cueva» —entre los que había recipientes con decoración pintada—, dedujo que debían de haber caído desde el piso superior, y los interpretó bien como pertenecientes a los ancestros de la familia ocupante de la vivienda, bien como cabezas trofeo de enemigos supuestamente abatidos por guerreros de dicha familia.

Un caso muy distinto, pero igualmente cargado de problemas en cuanto a cómo hay que interpretarlo, es el documentado en *Bilbilis* (Calatayud, Zaragoza). En el cerro de La Bámbola hace ya casi medio siglo se documentaron en excavación unos restos faunísticos y antropológicos en la base de una torre hueca de la muralla a los que nos inte-

resa referirnos (Martín Bueno, 1975). Junto a tres aves (garduña, chova y cuervo) aparecieron huesos pertenecientes a tres mamíferos (cerdo/jabalí, oveja/cabra y mustélido) y tres inhumaciones humanas —según su excavador, enterramientos secundarios y, al menos uno de ellos, con indudables signos de haber sufrido una muerte violenta—, lo que ha llevado a algunos investigadores a pensar que todo ello pudo haber constituido un depósito fundacional de la muralla y, por tanto, quizá responda a un acto sacrificial realizado con el objetivo de sacralizar y dotar de poderes mágicos a la construcción (Curchin, 2004: 189; Salinas, 1983: 305-306). Aunque no hay acuerdo sobre la fecha a la que pertenecen estos restos, pues la propuesta por Martín Bueno de llevarlos a la primera mitad del I a. C. recibió el rechazo de F. Burillo (1992: 575) al considerar que los fragmentos cerámicos asociados pertenecen a comienzos del Imperio, los cadáveres humanos, sean inhumaciones secundarias o primarias (Lorrio, 1997: 336), en un contexto ritualizado sí que se admite de manera generalizada que pueda derivar de una tradición indígena arraigada, como manifiestan Sopeña (1995: 255-256) y Alfayé (2007: 24-29), entre otros autores. Es muy significativo que los restos del córvido se encontraran junto a la cabeza del cadáver colocado en posición fetal que parece haber estado, según su excavador, atado, y que también fuese junto a la de otro de los cadáveres donde se depositaron el cráneo de la garduña y los huesos de oveja/cabra y cerdo/jabalí.

Aunque hallado no en un contexto urbano, como en los dos casos anteriormente referidos, sino en una cueva, también se han urdido varias hipótesis —entre ellas la del enterramiento, que es la razón por la que aquí nos interesa—, para tratar de explicar el hallazgo de un cadáver de varón joven a unos 500 metros de la entrada de la galería de Vía Seca, en el complejo kárstico de Ojo Guareña (Sotocuevas, Burgos), en zona de los turmogos, por tanto, que gracias a los objetos de bronce que llevaba pudo ser fechado en el siglo VI a. C. (Ortega y Martín, 1986 y 2001: 32-33). Inicialmente se propuso la idea de que el individuo entró en la gruta, se perdió en sus laberínticos pasillos y pereció antes de encontrar la salida. Posteriormente, Almagro-Gorbea (1996: 46, n. 1) valoró la posibilidad de que quizá su muerte tuviera que ver con la realización de algún tipo de ritual iniciático de carácter guerrero como los que desarro-

llaron las poblaciones del *Celtibérico Antiguo* de la zona. Alfayé, por su parte, entre las diversas posibilidades que contempla pone el acento en que pudiera tratarse también del enterramiento de un individuo de elevada condición social a cuyo cadáver se le dio un tratamiento especial, por la razón que fuera (Alfayé, 2009: 65-66; 2010: 216; 2013: 392). Lo cierto es que pocos indicios hay que demuestren que se trata de un enterramiento. Tan pocos como los que pudieran avalar la idea de una prueba iniciática con resultado de muerte.

En el Noroeste peninsular, donde son muy escasos los datos referentes al mundo de la muerte a pesar de que se conocen cientos de castros, en gran parte de los cuales se han realizado excavaciones y prospectado sus alrededores, no faltan evidencias funerarias dentro de ellos, excelentemente resumidas hace unos años por González Ruibal (2006-2007: 579-587). Los castros de Cabo do Mar, Campa Torres o Lago son algunos, pero, siguiendo al referido autor, el caso más sobresaliente quizá sea el de Meirás, donde a finales de los años cuarenta del pasado siglo Luengo Merino excavó los restos de una “necrópolis” situada dentro del propio castro que fechó hacia el cambio de era pero que autores posteriores llevan a los siglos II-I a. C. Al parecer, los restos óseos humanos —y algunos pertenecientes a animales— aparecieron en una serie de hoyos, fosas y canales excavados en la roca madre, bajo una serie de estructuras domésticas de piedra. Según González Ruibal, estas evidencias podrían ponerse en relación con los llamados “depósitos especiales” que aparecen en los poblados británicos y de la Bretaña francesa, pero hay notables diferencias, la principal de las cuales es que en los poblados ingleses y franceses se trata de hoyos grandes excavados inicialmente con fines económicos que después han sido reutilizados para depositar los restos óseos en el marco de rituales, mientras que en los gallegos, portugueses y asturianos estamos ante pequeñas fosas.

Los problemas de interpretación que plantean estos depósitos no existen en el caso de algunos conjuntos de cistas documentados en varios castros del norte de Portugal que, a pesar de las reticencias de algún investigador, nosotros somos partidarios de interpretarlos, al igual que sus excavadores, como auténticos enterramientos, lo que, por extensión, implica que periódicamente junto a ellos

se desarrollarían rituales en honor de los allí enterrados. En el castro de Terroso (Pòvoa de Varzim), en un pequeño recinto situado junto a la casa XXIII, aparecieron dos cistas construidas con lajas de piedra (Silva, 1986: 303, ests. XVIII espacio N, XX, 2 y CXXX, 5-6); y en Cividade de Âncora (Caminha, Viana do Castelo) se excavó entre la muralla y dos viviendas de planta circular un espacio arquitectónico dentro del cual había también varias cistas (Silva, 1986: 302-303, ests. XXVII espacio V, XXX y CXXIX, 3). Ambos casos A. C. F. da Silva los interpreta como recintos funerarios de carácter privado o, por decirlo de otra forma, pequeñas necrópolis en las que las respectivas familias que ocupaban esas viviendas desarrollaban sus cultos a los muertos.

Estos y otros casos portugueses, así como algunos más del Noroeste en general, además de tener en común con los nuestros de Montealegre y *Cauca* que se encuentran en medios habitacionales, urbanos, parece que responden a una misma intención y, por tanto, a una mentalidad, cuando menos, muy parecida: la de tener los restos de familiares fallecidos cerca de los vivos, dentro o en el entorno inmediato de la propia vivienda. No sabemos en qué casos se trata de enterramientos o depósitos primarios y en qué otros secundarios, pero lo que es incuestionable es que existieron prácticas y rituales de carácter funerario en el marco de la vivienda.

Poco, o seguramente nada, tenga que ver con estos casos el que ahora referiremos, pero considerando que este es un trabajo en el que indagamos en la presencia de enterramientos o depósitos funerarios en contextos urbanos, no podemos dejarlo fuera y un cierto parecido con el caso bilbilitano más arriba comentado tiene. En el importante *oppidum* oretano de Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real), además de haberse documentado varias inhumaciones infantiles en espacios domésticos —de las que aún no han sido publicados datos concretos—, se tienen constatadas dos inhumaciones de adultos decapitados que fueron practicadas a pie de muralla, junto a la puerta meridional del poblado. Localizadas y excavadas en 2010, la interpretación expresada por el director de la intervención en diversos medios periodísticos fue que se trataba de dos jóvenes de entre 10 y 15 años que fueron enterrados tras un sacrificio ritual, aspecto éste último deducido a partir de la existencia sobre ellos de cornamentas de ciervo así como

de espadas dobladas, y cuya decapitación pudiera deberse a que quizá se tratara de ladrones o enemigos. Tras los análisis antropológicos efectuados unos años después, y aun siendo poco lo que se ha dado a conocer, al menos sí sabemos que realmente pertenecen a dos varones de entre 30 y 50 años (Benítez de Lugo *et alii*, 2016: 91). De lo que no se ha dado indicación alguna es de la cronología a la que pertenecen estas inhumaciones, aunque indirectamente se sugiere el siglo III o incluso finales del IV a. C.

Volviendo al Norte peninsular, en algunos poblados navarros, como Sansol y Etxauri, también encontramos inhumaciones en contextos urbanos (Llanos *et alii*, 2009: 214). Y al Norte de los Pirineos las tumbas y depósitos funerarios en el ámbito urbano —ya sean en contextos domésticos, de santuario ciudadano o de espacio expresamente reservado a tal efecto— son más habituales que los que se registran en las ciudades de la Hispania céltica. Sólo en el Languedoc occidental, por citar una región vecina de la península Ibérica en la que sobre el sustrato indígena celto-ligur se produjo un fuerte proceso de iberización desde el siglo VI a. C. que no llegó a anular el peso de una tradición que se remonta a los Campos de Urnas (Solier, 1976-1978), se conoce un número importante de tumbas (Dedet y Schwaller, 1990), no siendo raros los casos de cremaciones de personajes importantes —habitualmente interpretadas como “tumbas de jefe” debido a la riqueza del ajuar y las ofrendas— en puntos cercanos a las puertas de las murallas. Podríamos traer a colación varios ejemplos significativos, pero nos referiremos sólo a dos de los más destacados: Pech Maho y La Cayla.

En Pech Maho (Sigean, Aude) se practicó una incineración en un edificio situado junto a la puerta de la muralla que viene siendo interpretado habitualmente como santuario urbano (Solier, 1968; Gailledrat y Marchand, 2003; Arcelin y Brunaux, 2003: 234-238), no sólo por la tumba, sino también por los numerosos materiales simbólico-religiosos hallados en él. Fechada en la primera mitad del siglo III a. C., obedece, según los excavadores, a un enterramiento secundario, a un traslado de los restos desde la necrópolis al santuario —algo que, como se recordará, también hemos sugerido como posibilidad para el depósito de *Cauca* ante las peculiaridades que presenta el relleno de la urna—, estimándose que el santuario debió de es-

tar dedicado al culto a los héroes, un auténtico *herôa* celta similar a los documentados en Roquepertuse, Entremont o Glanon, por ejemplo, uno de los cuales sería el propio incinerado, que, por el lugar en el que se encuentra, debió de tener una función protectora para toda la comunidad.

No muy lejos del anterior, en el *oppidum* de La Cayla (Mailhac, Aude), los restos incinerados de un individuo igualmente importante aparecieron enterrados en una urna dentro de un edificio de al menos tres habitaciones, también situado junto a una puerta de la muralla, la sureste, que de nuevo se interpreta como santuario urbano (Gailledrat y Taffanel, 2002). En este caso la fecha se eleva hasta mediados del siglo IV a. C., y a diferencia de Pech Maho, aquí parece ser que el santuario se construyó donde el cadáver había sido previamente incinerado, es decir, donde estuvo la pira funeraria, pues se recuperaron multitud de vasos locales y áticos rotos intencionadamente, broches, armas, etc., que debieron de ser destruidos en la propia pira por los participantes en la ceremonia.

Esto, que se podría pensar constituye una peculiaridad de la zona aludida y, por tanto, una excepción, está bien documentado en otras muchas regiones europeas de neta cultura céltica. En el Reino Unido, por fijarnos ahora en la Céltica insular, se conocen numerosos casos de inhumaciones dentro de los poblados, sobre todo en lugares del Sur, aunque aquí se trata de individuos pertenecientes a distintos estratos sociales. Norbury, Shipton Oliffe, Roughground Farm, Salmonsbury, Frocester, etc., son algunos de esos lugares (Moore, 2006). Un caso especial es el de Uley Bury (Gloucestershire), un *hillfort* de unas trece hectáreas de extensión en el que también se tiene registrada la inhumación de un personaje que no se sabe bien cuánto de importante fue. Está fechada entre el 50 a. C. y el 50 d. C. y, una vez más, se sitúa junto a la muralla (Saville y Ellison, 1983).

Con estos casos europeos y otros parecidos no estamos insinuando que las edificaciones vacceas en las que se practicaron tanto el depósito funerario subterráneo de *Cauca* como la colocación sobre plataforma aérea (¿altar-cito?) de Montealegre tuvieran la condición de santuarios, de *herôa* comunitarios, porque el contexto en ambos casos es puramente doméstico, privado, y faltarían evidencias de alta intensidad simbólica —y de carácter comunitario, no lo olvidemos— que sí existen en aquellos (esculturas de piedra

o arcilla, vajilla cerámica y metálica de importación, objetos fabricados en metales preciosos, etc.), además de que ambos lugares se encuentran situados en puntos alejados de la muralla, pero sí nos parece que en los dos casos vacceos el conjunto tiene que ver con el culto familiar a un antepasado concreto. Seguramente, y a juzgar por los materiales recuperados, un antepasado cercano en el tiempo de los ocupantes de sus respectivas casas más que un ancestro.

## Notas

1 Un caso que se sale de la norma de enterrar perinatales en el subsuelo de las viviendas fue el documentado en el cerro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid) durante las excavaciones de 2003, dirigidas por Manuel Retuerce. En una de las viviendas, sobre el pavimento, concretamente en el rincón derecho pasada la puerta de entrada, se construyó un pequeño receptáculo con dos muretes de arcilla que acotaron un pequeño espacio cuadrado de 30 x 20 cm<sup>2</sup>, dentro del cual se depositó un recipiente de cerámica a mano en cuyo interior se hallaron los restos óseos de un nonato (Blanco García y Retuerce Velasco, 2010). Probablemente, en su día ese espacio debió de estar tapado con una loseta de piedra o de cerámica, con una tabla de madera o con cualquier otra materia, sencillamente para que no penetrara polvo, porque no deja de ser un depósito de carácter sagrado, pero durante la excavación no se advirtió ningún tipo de tapadera sellándolo.

En este yacimiento vallisoletano hasta ahora sólo se conocía un enterramiento infantil bajo el suelo de la denominada vivienda 2 de las excavaciones practicadas hace casi cuarenta años por M. García Alonso (1986-1987: 108, lám. I, 1). Acompañado de una fibula de doble resorte de puente simple y fechado en momentos de transición del Hierro I al II, parece ser que el cadáver estuvo envuelto en una especie de saquito (información que agradezco al propio Manuel García).

2 Véanse, como trabajos de síntesis, Gusi Jener, 1989, donde se recogen las que se conocían hasta esa fecha; Moneo, 2003: 409-412, fig. VI, 18 y 19; Oliver Foix, 2003-2004: 392-394, fig. 1, quien además de reunir las inhumaciones infantiles recoge las evidencias funerarias y restos óseos humanos, en general, en poblados, silos, cuevas, etc.; Gusi Jener y Muriel, 2008, recopilan todos los casos desde 1989 a 2007, por años de descubrimiento, y además, incluyen el sureste de Francia. A estas recopilaciones habría que añadir todos los enterramientos descubiertos desde 2007 y que ya han empezado a llegar a la bibliografía pero de los que no nos haremos eco aquí para no alargar en demasía el trabajo.

3 Si en el párrafo anterior hemos dicho que *casi todos* los perinatales del espacio francés referido están en medios domésticos es porque no faltan los depositados en cementerios, contraviniendo en cierto sentido esta práctica tan universal, pero lo mismo ocurría en otros ámbitos culturales, incluso en el vacceo. No tenemos más que recordar cómo en la tumba 98 de Las Ruedas fueron depositados los restos cremados de una mujer de entre 20 y 40 años con un neonato (Sanz Mínguez y Garrido Blázquez, 2007).

4 Salvo que indiquemos lo contrario, las decoraciones que describiremos a continuación se localizan en el exterior de los vasos. Para la consignación de las medidas, expresadas en mm, hemos seguido las abreviaturas que habitualmente se emplean en la descripción de los objetos de la necrópolis pintiana de Las Ruedas: ØB= diámetro de boca, ØMx= diámetro máximo, h= altura, Øb= diámetro de la base, Øo= diámetro del orificio (fusayolas, remaches...), l= longitud, a= anchura, g= grosor.

## Bibliografía

- ABARQUERO, F. J. (2014): "Vertavillo. El viejo Breto". *Vaccea Anuario 2013*, 7, pp. 26-32.
- ABARQUERO, F. J. y PALOMINO, A. L. (2012): *Arquitectura doméstica y mundo simbólico en la ciudad vaccea de Rauda. La 'Casa del Sótano' en las Eras de San Blas (Roa, Burgos)*. Burgos: Institución Fernán González.
- ALBERTO, V. y VELASCO, J. (2003): "Perros, gatos, ovejas y cerdos: sacrificios de animales en Pintia". En C. SANZ Y J. VELASCO (eds.), *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 125-141.
- ALFAYÉ, S. (2007): "Rituales relacionados con murallas en el ámbito celtibérico". *Palaeohispanica*, 7, pp. 9-41.
- (2009): *Santuarios y rituales en la Hispania Céltica*. Oxford: BAR, Int. Sers., 1963. Archaeopress.
- (2010): "Hacia el lugar de los dioses: aproximación a la peregrinación religiosa en la Hispania indoeuropea". En F. MARCO, F. PINA Y J. REMESAL (eds.), *Viajeros, peregrinos y aventureros en el Mundo Antiguo*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona, pp. 177-218.
- (2013): "Dinámicas rituales en las cuevas y abrigos de la Celtiberia". En C. RÍSQUEZ Y C. RUEDA (eds.), *Santuarios iberos: territorio, ritualidad y memoria. Actas del Congreso El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar. 1912-2012*. Jaén: Asociación para el desarrollo rural de la Comarca de El Condado, pp. 385-395.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1996): "Sacred places and cults of Late Bronze Age tradition in Celtic Hispania". En P. CHAUER (ed.), *Archäologische Forschungen zum Kultgeschehen in der jüngeren Bronzezeit und frühen Eisenzeit Alteuropas*. Bonn Regensburg: Universitätsverlag Regensburg Habelt, pp. 43-79.
- ARCELIN, P. y BRUNAUX, J.-L. (2003): "Un état des questions sur les sanctuaires et les pratiques cultuelles de la Gaule celtique". *Gallia*, 60, pp. 1-268.
- ARGENTE, J. L., DÍAZ, A. y BESCÓS, A. (2000): *Tiermes V. Carratiermes necrópolis celtibérica. Campañas 1977 y 1986-1991*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 9.

- ARLEGUI, M. (2012): “La necrópolis celtibérica del Inchidero (Aguilar de Montuenga, Soria): estratigrafía, cronotipología y dataciones radiocarbónicas”. *Complutum*, 23, 1, pp. 181-201.
- ARRIBAS LOBO, P. y PÉREZ GONZÁLEZ, C. (2015): “Metalistería en Cauca. Los Azafranales”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 11, pp. 47-78.
- ARRIBAS LOBO, P., PÉREZ GONZÁLEZ, C., BLANCO GARCÍA, J. F. y REYES HERNANDO, O. V. (2014): “Campaña de excavación arqueológica de 1999 en Cauca (Coca, Segovia), II. Registro gráfico de algunos materiales arqueológicos”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 10, pp. 47-72.
- BALADO, A., CENTENO, I. y MARCOS, F. J. (2008): *Informe de la excavación arqueológica en la ampliación del I.E.S. Cauca Romana de Coca (Segovia)*. Informe depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Segovia de la Junta de Castilla y León. Inédito.
- BALMASEDA, L. J. y VALIENTE, S. (1981): “El relieve de Illescas”. *Archivo Español de Arqueología*, 54, pp. 215-238.
- BARRIO MARTÍN, J. (1988): *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas, Cuéllar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Segovia: Diputación Provincial.
- (2002): “El santuario de culto doméstico del poblado prerromano de Cuéllar (Segovia). Un análisis del contexto arqueológico y de los elementos rituales”. *Madridrer Mitteilungen*, 43, pp. 79-122.
- BENÍTEZ DE LUGO, L., POVEDA, A. M., URBINA, D. y URQUIJO, C. (2016): “Romanización de rituales funerarios oretanos: la Tumba 1 del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)”. *Saguntum*, 48, pp. 89-101.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1994): “El castro protohistórico de La Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21, pp. 35-80.
- (1998): “Las producciones cerámicas del alfar vacceo de Cauca (Coca, Segovia)”. *Madridrer Mitteilungen*, 39, pp. 121-141.
- (2001): “La cerámica celtibérica gris de imitación de vasos metálicos en el Valle del Duero: propuesta de sistematización y problemática en torno a su origen”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 27, pp. 23-62.
- (2003): *Cerámica histórica en la provincia de Segovia*. I, *Del Neolítico a época visigoda (V milenio – 711 d. C.)*. Segovia: NRT Ediciones. Trabajos de Arqueología Hispánica, 1.
- (2009): “Una populosa ciudad vaccea en las campiñas meridionales del Duero. Cauca”. *Vaccea Anuario 2008*, 2, pp. 21-25.
- (2010): “La cerámica vaccea”. En Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.) *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 257-291.
- (2015): “La cerámica pintada meseteña desde Augusto hasta Adriano”. EN M. C. FERNÁNDEZ OCHOA, A. MORILLO Y M. ZARZALEJOS (eds.), *Manual de cerámica romana II. Cerámicas romanas de época altoimperial en Hispania. Importación y producción*. Madrid: Museo Arqueológico de la comunidad de Madrid. Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de la Comunidad de Madrid, pp. 429-491.
- (2016): “Entre la tradición y la asimilación de la cultura romana. Los vacceos a comienzos del Imperio”. *Vaccea Anuario 2015*, 9, pp. 52-59.
- (2017): “Cerámica común romana altoimperial de cocina y mesa, de fabricación local, en la Meseta”. EN M. C. FERNÁNDEZ OCHOA, A. MORILLO Y M. ZARZALEJOS (eds.), *Manual de cerámica romana III: cerámica común de mesa, cocina y almacenaje. Imitaciones hispanas de series romanas. Otras producciones*, pp. 143-236. Madrid: Comunidad de Madrid. Publicaciones Oficiales.
- (2018a): *Cauca vaccea. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad* Valladolid: Centro Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 5.
- (2018b): “La cerámica vaccea decorada con pintura blanca”. En *Homenaje a la profesora Isabel Rubio de Miguel*. Anejos a *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 3, pp. 193-202.
- (2018-2019): “Utensilios cerámicos auxiliares en la preparación y consumo de alimentos en el área vaccea”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 14-15, pp. 67-102.
- BLANCO GARCÍA, J. F. y BARRIO MARTÍN, J. (2010): “Elementos de ritualidad y espacios sacros en el reborde suroriental del territorio vacceo y zonas limítrofes celtibéricas”. EN F. BURILLO (ed.), *VI Simposio sobre los Celtiberos. Ritos y Mitos (junio, 2008. Daroca)*. Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda pp. 35-43.
- BLANCO GARCÍA, J. F. y RETUERCE VELASCO, M. (2010): “Últimas intervenciones arqueológicas en el Cerro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid)”. *Vaccea. Anuario 2009*, 3, pp. 77-79.
- BLANCO GARCÍA, J. F., PÉREZ GONZÁLEZ, C. y REYES HERNANDO, O. V. (2012-2013): “Campaña de excavación arqueológica de 1999 en Cauca (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 8-9, pp. 29-144.
- BLANCO GARCÍA, J. F., LUCENDO DÍAZ, D., RETUERCE VELASCO, M. y TORRES GONZÁLEZ, T. (2011): “El oppidum vacceo de Montealegre de Campos (Valladolid) a la luz de las recientes excavaciones arqueológicas”. *Vaccea Anuario 2010*, 4, pp. 78-82.
- BURGOS MAZAS, J. C. (2016): “Tareco. Un oppidum vacceo a orillas del Pisuerga (Tariago de Cerrato)”. *Vaccea Anuario 2015*, 9, pp. 12-22.
- BURILLO, F. (1992): “Las necrópolis de época ibérica y el ritual de la muerte en el valle medio del Ebro”. EN J. BLÁNQUEZ Y V. ANTONA (coords.), *Congreso de Arqueología Ibérica: Las*

- Necrópolis*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Serie Varia, 1, pp. 563-585.
- CALLEJA, V. (1976): "Excavaciones arqueológicas en Tariego de Cerrato". *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 37, pp. 79-83.
- CASTRO GARCÍA, L. DE (1971): *La necrópolis de Pallantia*. Palencia: Diputación Provincial.
- CASTRO GARCÍA, L. DE y BLANCO ORDÁS, R. (1975): "El castro de Tariego de Cerrato (Palencia)". *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 33, pp. 55-138.
- CENTENO CEA, I., SANZ MÍNGUEZ, C., VELASCO VÁZQUEZ, J. y GARRIDO BLÁZQUEZ, A. I. (2003): "Aproximación al urbanismo vacceorromano de Pintiá". En C. Sanz y J. Velasco (eds.), *Pintiá. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 69-98.
- COLDSTREAM, J. N. (1977): "Geometric Greece". *Cambridge*, 29, 2.
- CUADRADO, A. y SAN MIGUEL, L. C. (1993): "El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo (Valladolid)". En F. ROMERO, C. SANZ y Z. ESCUDERO (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, pp. 303-334.
- CURCHIN, L. A. (2004): *The Romanization of Central Spain. Complexity, Diversity and Change in a Provincial Hinterland*. London & New York: Routledge.
- DEDET, B. (2012): "Mobilier funéraire et status des enfants dans le monde indigène protohistorique du Sud de la France". En A. HERMARY ET C. DUBOIS (eds.), *L'Enfant et la Mort dans L'Antiquité III. Le Matériel Associé aux Tombes d'Enfants*. Aix-en-Provence: Éditions Errance. Centre Camille Jullian. Bibliothèque d'Archéologie Méditerranéenne et Africaine, 12, pp. 149-169.
- (2016): "Le traitement funéraire des tout-petits dans le monde indigène protohistorique du Sud de la France". En E. PORTAT, M. DETANTE, C. BUQUET-MARCON Y M. GUILLON (dirs.), *Rencontre autour de la mort des tout-petits. Actes de la 2 Rencontre du groupe d'Anthropologie et d'Archéologie Funéraire*. Saint-Germain-en-Laye: Condé-sur-Noireau: Gaaf, 5, pp. 15-29.
- DEDET, B. y SCHWALLER, M. (1990): "Pratiques cultuelles et funéraires en milieu domestiques sur les oppidums languedociens". *Documents d'Archéologie Méridionale*, 13, pp. 137-161.
- DEL AMO, M. (1992): "Una tumba perteneciente a la necrópolis de Eras del Bosque (Palencia)". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVIII, pp. 169-211.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (2011): "La plena colonización agraria del Valle Medio del Duero". En J. ÁLVAREZ-SANCHÍS, A. JIMENO MARTÍNEZ Y G. RUIZ ZAPATERO (eds.), *Aldeas y Ciudades en el Primer Milenio a. C. La Meseta Norte y los Orígenes del Urbanismo*. Complutum, 22, 2, pp. 49-94.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. Y SAN MIGUEL MATÉ, L. C. (1995): "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio". En G. DELIBES, F. ROMERO Y A. MORALES (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, pp. 47-146.
- ESPARZA, Á. (1995): "La Primera Edad del Hierro". En J. C. ALBA (coord.), *Historia de Zamora, I, De los orígenes al final del Medioevo*. Zamora: Diputación Provincial de Zamora. Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", pp. 101-149.
- ESPARZA, Á., VELASCO, J. Y CELIS, J. (2016): "Notas sobre la fase Soto Formativo en el poblado de Los Cuestos de la Estación (Benavente, Zamora)". *BSAA Arqueología*, LXXXII, pp. 63-85.
- FERNÁNDEZ, J. M., MARCOS, G. J. Y MISIEGO, J. C. (1995): "Una tumba de incineración de la necrópolis de 'La Vega' (Venta de Baños, Palencia)". En M.ª V. CALLEJA (coord.), *Actas del III Congreso de Historia de Palencia. T. I, Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*. Palencia: Diputación Provincial, pp. 125-152.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda (II)*. Ávila: Institución "Gran Duque de Alba".
- FILLOY, I. (1995): "Los enterramientos infantiles". En *Atxa: memorias de las excavaciones arqueológicas 1982-1988*. Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Alava, pp. 171-189.
- GAILLEDRAT, É. y MARCHAND, G. (2003): "Sigean (Aude). Pech Maho. Un ensemble à caractère public et cultuel dans l'habitat". En P. ARCELIN ET J. L. BRUNAU (eds.), *Un état des questions sur les sanctuaires et les pratiques cultuelles de la Gaule celtique*. Gallia, 60, pp. 234-238.
- GAILLEDRAT, É. y TAFFANEL, O. & J. (2002): *Le Cayla de Mailhac (Aude)*. Lattes.
- GALILEA, F. y GARCÍA, A. (2002): "Enterramientos infantiles en el poblado protohistórico de La Hoya (Laguardia, Álava)". *Estudios de Arqueología Alavesa*, 19, pp. 150-162.
- GARCÍA ALONSO, M. (1986-1987): "Aportaciones a la transición del Hierro I al Hierro II en el centro de la cuenca del Duero". En *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. *Zephyrus* XXXIX-XL, pp. 103-111.
- GENNEP, A. van (1909): *Les rites de passage*. París.
- GIEROW, P. G. (1966): *The Iron Age Culture of Latium. I, Classification and Analysis*. Acta Instituti Romani Regni Sueciae, Ser. 4º, XXIV, 1. Lund: C. W. K. Gleerup.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006-2007): *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a. C. – 50 d. C.)*. La Coruña: Museu Arqueológico e Histórico. *Brigantium*, 18/19.
- GREEN, M. (1998): "Humans as ritual victims in the later Prehistory of Western Europe". *Oxford Journal of Archaeology*, 17, 2, pp. 169-189.
- GUSI JENER, F. (coord.) (1989): *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a. E. al II d. E.)*. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses, 14.

- GUSI JENER, F. y MURIEL, S. (2008): "Panorama actual de la investigación de las inhumaciones infantiles en la Protohistoria del sudoeste mediterráneo europeo". En F. GUSI, S. MURIEL Y C. R. OLARIA (coords.), *Nasciturus, Infans, Puerulus Vobis Mater Terra: la Muerte en la Infancia*. Castellón: Diputación de Castellón. Serie de Prehistoria y Arqueología, pp. 257-330.
- HEREDERO GARCÍA, R. (1993): "Casas circulares y rectangulares de época vaccea en el yacimiento del Cerro del Castillo (Montealegre)". En F. ROMERO, C. SANZ Y Z. ESCUDERO (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura, pp. 279-302.
- (1995): "Notas sobre la Edad del Hierro en el yacimiento de El Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid)". En G. DELIBES, F. ROMERO Y A. MORALES (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 247-269.
- LLANOS, A., ARMENDÁRIZ, J., CASTIELLA, A., PEÑALVER, X., SÁENZ, P. y UNZUETA, M. (2009): "La Edad del Hierro en el Cantábrico Oriental y su entorno". En A. LLANOS (coord.), *Actas del Congreso Internacional Medio Siglo de Arqueología en el Cantábrico Oriental y su Entorno*. Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Álava. Instituto Alavés de Arqueología, pp. 201-344.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (1978): "La necrópolis de Eras del Bosque (Palencia)". *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 47, pp. 185-266.
- LORRIO, A. J. (1997): *Los celtíberos. Complutum*, Extra 7.
- MACARRO, C. y ALARIO, C. (2012): *Los orígenes de Salamanca: el poblado protohistórico del Cerro de San Vicente*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos.
- MARTÍN BUENO, M. A. (1975): "Bilbilis: Enterramientos indígenas en torres de muralla". En *XIII Congreso Nacional de Arqueología. Crónica del XIII Congreso Arqueológico Nacional*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza. Seminario de Arqueología, pp. 701-706.
- MARTÍN HERNÁNDEZ, E. (2018): "Intervención en zonas rituales y Área central vacceo-romana del oppidum de Dessobriga (2016/2017)". En C. SANZ Y J. F. BLANCO (eds.), *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas*. Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca, pp. 49-71. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 6.
- MISIEGO, J. C., MARTÍN, M. A., MARCOS, G. J., SANZ, F. J., PÉREZ, F. J., DOVAL, M., VILLANUEVA, L. A., SANDOVAL, A. M., REDONDO, R., OLLERO, F. J., GARCÍA, P. F., GARCÍA, M. I. y SÁNCHEZ, G. (2013): *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de 'La Corona/El Pesadero', en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 19. Edición digital.
- MOLINERO PÉREZ, A. (1952): "Una necrópolis del Hierro céltico en Cuéllar (Segovia)". *II Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: Secretaría de los Congresos Nacionales de Arqueología, pp. 337-354.
- MOLINERO PÉREZ, A. (1971): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia. Excavaciones Arqueológicas en España*, 72. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- MONEO, T. (2003): *Religio ibérica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I A. C.)*. Madrid: Real Academia de la Historia. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 20.
- MOORE, T. (2006): *Iron Age societies in the Severn-Cotswolds: developing narratives of social and landscapes change*. Oxford: Archaeopress. BAR, British Serie, B421.
- OLIVER FOIX, A. (1995): "Acerca de los restos humanos localizados en los poblados ibéricos". *Arx*, 1, pp. 35-41.
- (2003-2004): "Sacrificios y 'mala muerte' en el registro arqueológico de los yacimientos ibéricos". *Espacio, Tiempo y Forma*, I, *Prehistoria y Arqueología*, 16-17, pp. 391-417.
- ORTEGA, A. I. y MARTÍN, M. A. (1986): "La arqueología del karst de Ojo Guareña". En Grupo Espeleológico Edelweis (ed.), *Monografía sobre el karst de Ojo Guareña*. Kaite, 4-5, pp. 331-389.
- ORTEGA, A. I. y MARTÍN, M. A. (2001): "La arqueología del complejo kárstico de Ojo Guareña (Merindad de Sotoscuevas, Burgos)". *Boletín de la Sociedad Española de Espeleología y Ciencias del Karst*, 2, pp. 29-35.
- PASTOR, J. F., DE PAZ, F. J., BARBOSA, M. y SANZ, C. (2013): "Estudio antropológico de las inhumaciones perinatales del yacimiento vacceo-romano de Pintia (Padilla de Duero, Valladolid)". Póster presentado en el XVIII Congreso Internacional de la Sociedad Española de Antropología Física. *Una mirada al futuro (Bilbao, 19-21 de junio de 2013)*.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. y BLANCO GARCÍA, J. F. (2000): "Nuevas investigaciones arqueológicas en Cauca". *Revista de Arqueología*, 228, pp. 38-47.
- QUESADA, F. (2011): "Au delà du guerrier: signification et fonction de l'armement dans les tombes féminines et d'immatures dans la Péninsule ibérique au second âge du Fer". En L. BARAY, M. HONEGGER ET M.-H.- DIAS-MEIRINHO (eds.), *L'armement et l'image du guerrier dans les sociétés anciennes: de l'objet à la tombe*. Dijon: Éd. Universitaires de Dijon, pp. 337-354.
- (2012): "Mujeres, amazonas, tumbas y armas: una aproximación transcultural". En L. PRADOS (ed.), *La arqueología funeraria desde una perspectiva de género*. Madrid: UAM. Ediciones. Colección Estudios, 145, pp. 317-364.
- RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (1999): "La casa circular durante la primera Edad del Hierro en el Valle del Duero". *Numantia: Arqueología en Castilla y León*, 7, 1995/1996, pp. 67-94.
- RETUERCE, M. y HERVÁS, M. A. (2009): *Informe final de los sondeos arqueológicos realizados en dos solares de Montealegre de Campos (Valladolid): La Casona, San Nicolás*. Informe depositado en el Servicio Territorial de la Junta de Castilla y León de Valladolid. Inédito.

- SACRISTÁN, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Universidad de Valladolid. Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial.
- SALINAS, M. (1983): "El culto al dios celta Lug y la práctica de sacrificios humanos en Celtiberia". *Studia Zamorensia*, 4, pp. 303-311.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Salamanca: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 6.
- (2010): "Un vacéo vacceo historiográfico: sus necrópolis". En F. ROMERO CARNICERO Y C. SANZ MÍNGUEZ (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 193-230.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y CARRASCAL ARRANZ, J. M. (2012): "La cerámica vaccea". *Vaccea Anuario 2011*, 5, pp. 34-42.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y CORIA NOGUERA, J. C. (2018): "La tumba 144 de la necrópolis de Las Ruedas". En C. SANZ Y J. F. BLANCO (eds.), *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas*. Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 6, pp. 129-153.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (1995): "El conjunto arqueológico de Padilla/Pesquera de Duero (Valladolid). Evolución del asentamiento durante la etapa indígena". En G. DELIBES, F. ROMERO Y A. MORALES (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 271-305.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y GARRIDO BLÁZQUEZ, A. I. (2007): "Tumba 98: mujer de entre 20 y 40 años con neonato". En C. SANZ Y F. ROMERO (eds.), *En los Extremos de la Región Vaccea*. León: Caja España, pp. 95-98.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y VELASCO VÁZQUEZ, J. (eds.) (2003a): *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- SANZ MÍNGUEZ, C., GÓMEZ PÉREZ, A. y ARRANZ MÍNGUEZ, J. A. (1993): "La necrópolis vaccea de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico Padilla-Pesquera de Duero (Valladolid)". *Numantia: Arqueología en Castilla y León*, 4, 1989/1990, pp. 129-147.
- SANZ MÍNGUEZ, C., VELASCO VÁZQUEZ, J., CENTENO CEA, I., JUAN I TRESSERRAS, J. y MATAMALA, J. C. (2003b): "Escatología vaccea: nuevos datos para su comprensión a través de la analítica de residuos". En C. SANZ Y J. VELASCO (eds.), *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 145-171.
- SANZ MÍNGUEZ, C., GALLARDO MIGUEL, M. A., VELASCO VÁZQUEZ, J. y CENTENO CEA, I. (2003c): "La tumba 75 de Las Ruedas, primer testimonio arqueológico de la élite ecuestre vaccea". En C. SANZ Y J. VELASCO (eds.), *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 173-196.
- SAVILLE, A. y ELLISON, A. (1983): *Uley Bury & Norbury Hillforts. Rescue excavations at two Gloucestershire Iron Age sites*. Bristol: Western Archaeological Truts. Excavations Monograph, 5.
- SILVA, A. C. F. DA (1986): *A cultura castreja no noroeste de Portugal*. Câmara Municipal de Paços de Ferreira y Museo Arqueológico da Citânia de Sanfins. Paços de Ferreira: Câmara Municipal de Paços de Ferreira. Museo Arqueológico da Citânia de Sanfins.
- SIMÓN Y NIETO, F. (1948): "Noticia de una necrópolis romana y de un bosque sagrado (Palencia)". *Archivo Español de Arqueología*, XXI, 70, pp. 146-174.
- SOLIER, Y. (1968): "Une tombe de chef à l'oppidum de Pech Maho (Sigean, Aude)". *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 1, pp. 7-37.
- (1976-1978): "La culture ibéro-languedocienne aux VI<sup>e</sup> – V<sup>e</sup> siècles". En E. RIPOLL (dir.), *Simposi internacional: els orígens del món ibèric. Ampurias*, 38-40, pp. 211-264.
- SOPEÑA, G. (1995): *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- TARACENA, B. (1943): "Cabezas-trofeo en la España Céltica". *Archivo Español de Arqueología*, XVI, pp. 157-171.
- TORRIONE, M. (2018): "Dessobriga: oppidum vacceo, mansio altoimperial...Una búsqueda en curso". En C. SANZ Y J. F. BLANCO (eds.), *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas*. Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid, Vaccea Monografías, 6, pp. 31-48.
- TRANCHO, G., ROBLEDÓ, B. y LÓPEZ-BUEIS, I. (2004): "Análisis paleonutricional". En A. JIMENO ET ALII, *La Necrópolis Celtibérica de Numancia*. Salamanca: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 12, pp. 434-451.
- VALIENTE, S. y BALMASEDA, L. J. (1983): "El poblado celtibero de Illescas (Toledo)". *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia-Cartagena, 1982). Zaragoza: Universidad de Zaragoza. Seminario de Arqueología, pp. 585-595.
- VALIENTE, S. y LÓPEZ, F. J. (2007): "Emplazamientos de la III<sup>a</sup> Edad del Hierro en la Sagra vertebrada por el Arroyo Guatén". En A. F. DÁVILA (ed.), *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro Arqueológico, Secuencia y Territorio*, I. Madrid: Comunidad de Madrid. Museo Arqueológico Regional, Zona Arqueológica, 10, pp. 182-193.
- WATTENBERG, F. (1959): "Estación arqueológica de Tariego (Palencia)". *BSAA Arqueología*, XXV, pp. 212-218.

# Índice

5

Presentación

7

*Ritos funerarios y etnicidad en la Hispania prerromana*  
Martín Almagro-Gorbea

31

*Elementos viáticos y simbólicos para el más allá vacceo,  
a la luz del registro funerario de Las Ruedas de Pintia*  
Carlos Sanz Mínguez

69

*Extra cæmeterii. Enterramientos y otras evidencias  
funerarias en contextos domésticos vacceos*  
Juan Francisco Blanco García

99

*Trascender antes de morir:  
juramentos, memoria heroica y hospitium entre los vacceos*  
Eduardo Sánchez Moreno

123

*La contribución de la moneda en el desarrollo  
de las estelas discoideas romanas en la meseta Norte*  
Thomas G. Schattner

157

*El “colectivismo agrario” y las manifestaciones funerarias  
de los pueblos vacceos: una nueva perspectiva sobre su relación*  
Roberto Matesanz Gascón

175

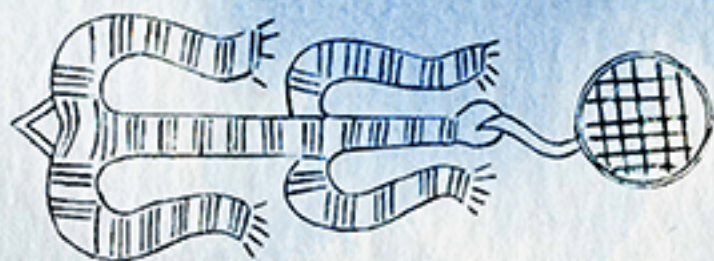
*La muerte en Dessobriga*  
Esperanza Martín Hernández, Jesús Francisco Torres-Martínez,  
David Expósito Mangas, Antxoka Martínez Velasco y Helena Muñoz Mojado





# VACCEA

Monografías



Universidad de Valladolid



TEMPOS *Vega Sicilia*